



UNA
SOMBRA
EN LA
ALJAMA



África Ruh

UNA
SOMBRA
EN LA
ALJAMA

África Ruh



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2017 África Vázquez Beltrán
© 2017 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Una sombra en la aljama, n.º 172 - octubre 2017

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Fotolia.

I.S.B.N.: 978-84-9170-195-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla

Créditos

Índice

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Agradecimientos

Si te ha gustado este libro...

*Para Nacho, con amor. Nunca podré dedicarte suficientes libros.
Para mi maravillosa familia. Os adoro.
Para mis amigos/as escritores/as. Por tantos mundos compartidos.*

Capítulo 1

Escogió a su víctima enseguida. Era un hombre joven, bien vestido y tocado con una kipá. Llevaba un buen rato paseándose por la calle de la Cuchillería, examinando diferentes puestos sin llegar a comprar nada.

María lo seguía a una distancia prudencial, mezclándose con la gente mientras analizaba cada detalle de su presa: las espaldas anchas, las manos grandes, el pelo largo y rizado, el semblante pensativo... Tenía que formarse una idea aproximada de su personalidad antes de atacar; esta vez, sin embargo, le llevó más tiempo de lo normal.

Finalmente, llegó a la conclusión de que se trataba de un judío de buena familia que había ido a comprar un cuchillo especial. De lo contrario, ¿por qué iba a salir de la aljama? Con un poco de suerte, estaría demasiado concentrado en su tarea como para adivinar las intenciones de María.

Si no, en el peor de los casos, la muchacha podía correr. Era ágil como una gata; antes de que el hombre se diese cuenta, habría desaparecido por algún callejón.

Ajeno a lo que sucedía alrededor, el joven se detuvo junto al puesto de Pedro. En la calle de la Cuchillería se vendían dagas, puñales y estiletos, así como utensilios domésticos de distinta clase; pero también había puestos de comida y bebida. Pedro vendía cebada; en ese momento, precisamente, estaba trucando la balanza mientras distraía a un cliente incauto. Mientras tanto, se las arregló para intercambiar una mirada cómplice con María.

Ella captó el mensaje: todo estaba despejado.

Era el momento de actuar.

La muchacha caminó con aire inocente hacia su víctima. Con las manos en la espalda, se inclinaba sobre las mercancías y las contemplaba con aire crítico, ya fuesen sacos de grano o vainas de cuero. Al mismo tiempo, vigilaba la bolsa que el joven llevaba colgada del cinto. El cordón no parecía muy grueso.

Cuando estuvo a menos de diez pulgadas de él, oyó que Pedro exclamaba:

—¿Queréis probar mi cerveza, señor? No encontraréis otra mejor en toda la parroquia de San Salvador..., ¡qué digo!, en toda Zaragoza. Mi cerveza sube el ánimo, agudiza el ingenio y calienta el cuerpo y el alma...

Mientras Pedro parloteaba, María se sacó el cuchillo de la manga y cortó discretamente el cordón de la bolsa, que cayó al suelo con un ruido sordo. La muchacha la empujó con su pie descalzo para ocultarla bajo el puesto; en cuanto el joven se alejara, se apoderaría de ella.

O eso pretendía hacer. Porque entonces las cosas se pusieron feas.

—Muy bien, mercader —dijo el joven judío—, dadme un poco de cerveza, a ver si es tan buena como decís.

María sintió que se le aceleraba el pulso. Si aquel hombre se llevaba la mano a la bolsa y descubría que se la habían robado...

No, no podía permitirlo.

Siguiendo un impulso, la muchacha se precipitó sobre él.

—¡Oh...!

El joven la sujetó por los brazos. Durante un instante, su mirada se encontró con la de María; tenía los ojos grandes, oscuros e inteligentes.

La chica tuvo que adoptar su mejor aire de disculpa.

—Perdonad, señor, he tropezado —tartamudeó—. Lo lamento mucho.

El hombre hizo un gesto para restarle importancia al asunto. María deseó fervientemente que olvidara la cerveza de Pedro. ¡Estúpido Pedro! ¡El plan era distraer a su víctima, no persuadirla de que comprara!

La muchacha fingió timidez y agachó la cabeza. En cuanto el joven se separó de ella y dejó de prestarle atención, volvió a meter el pie debajo del puesto de Pedro y palpó la bolsa con cautela.

Entonces sucedió.

—Un momento...

Era la voz del hombre.

María decidió no esperar a averiguar si la habían descubierto con las manos en la masa: con movimientos firmes, se hizo con la bolsa y echó a correr en dirección opuesta.

—¡Eh! —oyó gritar al joven.

Ella ya estaba doblando la esquina. No oía pasos ni jadeos a sus espaldas; su víctima no se había tomado la molestia de seguirla.

María sabía que lo más prudente era esfumarse de inmediato. Pero no pudo resistir la perversa tentación de mirar al joven por encima del hombro mientras hacía tintinear su bolsa.

—¡Gracias! —se burló.

Él debió de mirarla con furia. Pero, para entonces, María ya había emprendido la huida hacia la calle de los Predicadores.

Capítulo 2

La Iglesia de los Predicadores era un edificio de piedra negruzca y húmeda. A María le gustaba: desde que era una niña, los lugares oscuros le hacían sentirse cómoda. A salvo.

Se detuvo en la entrada, donde los mendigos se encorvaban frente a sus sombreros, y abrió la bolsa que le había robado al joven judío. Extrajo de ella un real de plata y se lo guardó en la manga; el resto del contenido lo vació a los pies de los mendigos.

Un anciano llamado Johan preguntó:

—¿De dónde has sacado esto, María?

María esbozó una sonrisa pícara.

—Un hombre me lo ha dado.

—Ya lo dudo.

—No he dicho que me lo haya dado voluntariamente.

Johan le dirigió una mirada de reproche, pero se apoderó de una parte del botín y lo metió bajo su saya mugrienta.

—No se lo cuentes a Catalina, ¿eh? —le advirtió—. Ya sabes lo que dice...

—Sí, lo sé: prefiere darnos limosna que enterarse de que robamos —suspiró María—. Intentemos que no se entere, entonces.

Johan le guiñó un ojo legañoso. María giró sobre sus talones y se internó en la penumbra de la iglesia.

La paja que cubría el suelo crujió con los pasos de la muchacha. La Iglesia de los Predicadores estaba llena de fieles que rezaban en silencio..., pero también de gentes ociosas que cuchicheaban, hacían tratos o se toqueteaban aprovechando la escasa luz. Cuando pasó por delante de dos hombres de mediana edad, vio claramente cómo estrechaban sus manos en señal de acuerdo.

Localizó a Catalina en un rincón. La mujer estaba inclinada sobre una tabla de madera a medio pintar; llevaba un pincel en la mano y sujetaba otro entre los dientes, y tenía los ojos tan entornados que parecían dos líneas azules. Una vela de sebo ardía a sus pies, envolviendo su cabeza en un aura de oro y luz.

María se detuvo tras ella y contempló la tabla en silencio. Catalina estaba pintando el abrazo de santa Ana y san Joaquín, uno de sus motivos preferidos.

Poco a poco, los dos bultos redondos de los protagonistas iban convirtiéndose en figuras humanas: María ya podía distinguir el velo de santa Ana y la barba de san Joaquín, y la graciosa inclinación de sus cuerpos, que apenas se rozaban.

No obstante, detectó algunos errores impropios de Catalina: por ejemplo, el brazo de santa Ana estaba torcido en una posición extraña y la cabeza de san Joaquín era anormalmente grande en comparación con el tamaño de su cuerpo.

Catalina escupió uno de los pinceles, se frotó los ojos y se recolocó el velo con un suspiro. Las mujeres maduras solían cubrirse la cabeza, sobre todo, cuando visitaban la iglesia; de las más jóvenes se esperaba que, si se consideraban modestas, llevaran alguna clase de recogido.

María sacudió su melena enmarañada. Ella no pensaba llevar velo ni trenzarse el pelo: ni estaba casada ni se consideraba modesta en absoluto. Que la confundiesen con una prostituta sería el menor de sus problemas.

Por fin, Catalina se dirigió a ella:

—Hola, tesoro. Me alegro de verte.

A María le dio un vuelco el corazón. Probablemente, Catalina era la única persona decente en el mundo que se alegraba de verla, y no terminaba de acostumbrarse. Entre los amigos de María se incluían gentes de la peor calaña, desde Pedro, el comerciante que trucaba los pesos y medidas, hasta Johan, que había sido un pícaro y un ladronzuelo hasta que la edad y la incipiente cojera le obligaron a mendigar. María había aprendido algunos de sus mejores trucos de Pedro y Johan; de Catalina, sin embargo, había aprendido otras cosas. Cosas que, en el fondo, le hacían desear ir al Cielo con ella. Aunque lo tuviese un poco complicado, dadas sus..., eh..., *ocupaciones*.

Por si acaso, se santiguó ante la tosca talla de la virgen María, que reposaba en un pilar a escasa distancia del rincón de Catalina.

La mujer siguió el recorrido de su mirada.

—¿Ya le has rezado a María?

—Un poco —murmuró ella.

—Yo he dejado un exvoto en la Iglesia de Santa Engracia esta misma mañana. Espero que sirva de algo.

—¿Cómo van tus ojos?

La expresión de Catalina fue de lo más elocuente. María apenas podía distinguir ya el color de sus iris bajo la niebla que se había extendido por ellos.

Se le encogió el estómago. Si Catalina se quedaba ciega...

—No sé qué voy a hacer —dijo la mujer en voz alta. A veces, parecía adivinar los pensamientos de María—, pero aún no voy a preocuparme por eso. Cuando

lleguemos al río, cruzaremos el puente, ¿verdad?

María le dio la razón. Catalina guardó sus útiles y dejó la tabla reposando en una esquina, pero se detuvo a medio camino de la puerta con aire suspicaz.

—¿Qué están haciendo esos dos? —le preguntó a María.

—Negociar. Los he visto al entrar.

—¿Y no les has dicho nada?

—Si quieres, me disfrazo de Jesucristo y expulso a los mercaderes del templo...

—María... —El tono de Catalina era de advertencia.

—Admite que me sentaría bien la barba.

—¡María! —La mujer frunció el ceño—. Esa lengua te llevará a la cárcel o al cementerio.

—De momento, me ha llevado a sitios más interesantes. Tabernas, por ejemplo.

—No tienes remedio...

Catalina la cogió del brazo y salieron juntas a la calle de los Predicadores. Al cruzar la puerta de la iglesia, Johan y los mendigos se despidieron de María de forma entusiasta.

María adoptó un aire cándido, pero no le sirvió de mucho.

—A mí no intentes engañarme —dijo Catalina con tono severo—, soy demasiado vieja.

—No sé de qué me hablas.

—María, te lo tengo dicho: si necesitas dinero, yo te lo doy. No quiero que lo consigas con malas artes.

—Te lo agradezco mucho —respondió María con sinceridad—, pero no puedo vivir de tu limosna. —Señaló a Johan y a los demás con la cabeza—. Ni siquiera ellos pueden. No se puede vivir en deuda con el resto.

—Conmigo no tenéis ninguna deuda, no soy una usurera.

—No es una deuda material, sino moral.

—¿Moral?

—Hasta los ladrones tenemos de eso —dijo María con una breve sonrisa—. Por mucho que te apreciemos, Catalina, no podemos vivir de tu caridad. Además, ¿no te parece injusto? ¡Tanta gente pasando hambre y unos pocos acumulando dinero y riquezas sin parar! Si yo fuese rica, no podría vivir con semejante peso en la conciencia.

—Tú nunca serás rica, tesoro: los reales escapan a puñados entre tus dedos como si fuesen el agua de un arroyo. Tan pronto como tocas algo de dinero, te

desprendes de él.

—Y así vivo en paz conmigo misma.

—No quieras vivir demasiado en paz, ¡no vaya a ser que te lleven presa!

María resopló.

—Antes tendrán que atraparme.

La muchacha cogió las agrietadas manos de su amiga. Los dedos de Catalina eran cortos y regordetes; los de María, largos y hábiles.

—Confía en mí —murmuró la chica—, sé cuidar de mí misma.

—No lo dudo.

María le besó la frente a Catalina y le soltó las manos.

—¡Volveré a verte pronto! —se despidió.

—Eso espero.

—¡Adiós, María! —le gritó Johan desde la puerta de la iglesia.

La joven sonrió y emprendió el camino de regreso a su parroquia desde la calle de los Predicadores. Al doblar la esquina, el ritmo de un pandero se mezcló con los gritos de un orador:

—Se avecinan nuevos tiempos, ¡ya lo veréis! ¡Tiempos libres de herejía y superstición! ¡Aquellos que no temen a Dios recibirán su castigo! ¡El Santo Oficio nos vigila a todos...!

María se reprimió para no patear el tonel al que el predicador se había encaramado y pasó de largo. Ella tenía su propia opinión acerca del Tribunal del Santo Oficio, pero sabía que no era prudente expresarla en voz alta.

En cualquier caso, tenía otros asuntos por los que preocuparse. Como la pérdida de visión de Catalina. Si la mujer dejaba de pintar, ¿cómo se ganaría la vida? Y lo más importante: ¿cómo lo soportaría? Catalina amaba sus pinturas, ponía en cada una de ellas una pequeña parte de su alma.

Pero a María no se le ocurría ninguna solución. Ella misma sabía poner cataplasmas de arcilla en las heridas y entablillar huesos rotos, pero devolver la vista a una persona que se estaba quedando ciega le parecía más obra de santos que de médicos.

Así que, a falta de algo mejor que hacer, decidió mitigar su inquietud con una copa de vino barato.

Capítulo 3

La Doncella y el Caldero era una taberna situada en el Coso. De vez en cuando, María merodeaba por allí en busca de mercaderes ansiosos por convertir sus ganancias en vino y se las arreglaba para meter la mano en un par de bolsas. Pero, para variar, hoy ella gastaría *su* dinero.

Bueno, no era exactamente suyo. Pero el joven judío ya no iba a recuperarlo, y a María le parecía una lástima no darle un buen uso.

De modo que ahí estaba, con los pies sucios colgando de un tonel que hacía las veces de asiento, bebiendo sorbos de vino caliente y escuchando con disimulo conversaciones ajenas. Una mujer se quejaba de que a su hija mayor la visitaba un muchacho por las noches; otra daba el pecho a su bebé recién nacido mientras su marido se lamentaba porque le había salido un bulto en el ojo derecho.

—¡Mirad, mirad cómo supura! —estaba diciendo. A juzgar por la expresión de quienes lo rodeaban, debía de ser una imagen bastante desagradable—. ¡Yo así no puedo trabajar!

El hombre ahogó una mueca en su copa. Entonces alguien le dijo:

—¿Por qué no vas a ver al médico judío? Dicen que obra milagros con los ojos. Hace poco, devolvió la vista a la suegra de Alonso de la Caballería, que estaba ciega como un topo...

El corazón a María se le aceleró al escuchar aquello. Se inclinó hacia delante y aguzó el oído.

—¿Un judío? —respondió el enfermo con tono mordaz—. ¿Y qué le digo, que yo soy el cuñado de Alonso de la Caballería? ¿Que le pagaré con oraciones a su falso dios? —Algunas personas se santiguaron—. Más me vale rezarle a santa Engracia. Todos sabemos cómo son esas ratas de la aljama.

—Ratas —lo apoyó una mujer.

El hombre y su esposa se fueron enseguida, pero María se quedó pensativa durante un buen rato.

Ella solía ir y venir por la aljama sin problemas. Para encontrar al médico, solo tendría que preguntar.

Pero, ¿qué iba a decirle? ¿Que ella, María, necesitaba un milagro para su

amiga Catalina, pero que ninguna de las dos podía pagarlo? María no sabía cuánto cobraba un médico judío, pero estaba segura de que ni Catalina ni ella habían visto tantos reales juntos en toda su vida.

Contempló su vaso de vino vacío y lamentó haberse desprendido tan rápidamente del dinero robado. Al menos, hubiese tenido algo con lo que empezar a persuadir al médico judío.

La joven suspiró. Ella podía robar casi cualquier objeto, podía embaucar a casi cualquier incauto..., pero no podía convencer a una persona instruida de que cumpliera sus deseos.

Pero recordó la expresión bondadosa de Catalina y se dijo que, por lo menos, tenía que probar.

De modo que se puso en pie y, sin pagar su vaso de vino, salió a hurtadillas de La Doncella y el Caldero.

Capítulo 4

La aljama tenía dos partes: la más antigua estaba dentro de los muros de la ciudad y la más moderna, fuera. La primera era una amalgama de casas y callejones, ruidosa y cargada de olores fuertes; en la segunda, los edificios se intercalaban con los huertos y eras. La parte nueva era más diáfana y luminosa..., pero María prefería la antigua. Sin lugar a dudas.

Le gustaba deambular por las callejuelas, curiosear los alrededores de la Sinagoga Mayor y el hospital y contemplar con morbosa fascinación los muros del castillo, que servía como tribunal y cárcel para los judíos. Solía detenerse junto a la carnicería y preguntarse cuál sería el sabor de aquellas piezas que rezumaban grasa, y disfrutaba admirando el brillo de los objetos de plata que los mercaderes exhibían en la calle de la Argentería.

También era un buen sitio para robar. Pero, por una vez, María se presentaba allí con buenas intenciones.

Más o menos.

Nada más llegar a la calle de la Argentería, se detuvo frente al puesto de un hombre de aspecto amable y preguntó:

—¿El médico, por favor?

El mercader inclinó la cabeza y la kipá resbaló hasta su frente. Tuvo que recolocársela antes de responder:

—En la calle del Espino. ¿Puedo saber para qué...?

—¡Gracias! —lo interrumpió María, y correteó calle arriba. El hombre parecía amistoso, sí..., pero a ella no le gustaba dar explicaciones. Siempre que lo hacía, acababa teniendo problemas.

Antes de abandonar la calle de la Argentería, contempló su reflejo en una bandeja de plata. Su piel parecía muy oscura, pero María sospechaba que se debía a la capa de mugre que la cubría; en cuanto a su melena, la joven había visto nidos de culebras más ordenados. La ropa tampoco ayudaba, puesto que solo contaba con la saya raída que Catalina le había regalado poco antes del Año Nuevo. La mujer también le había comprado unos zuecos, pero María estaba acostumbrada a ir descalza y los zapatos le molestaban (siempre y cuando no lloviese o nevara); ahora lamentaba no haberse calzado para tener un aspecto

más respetable.

Bueno, tampoco podía hacer gran cosa para remediarlo. Sabía que solo contaba con un arma: sus ojos. Los tenía grandes, castaños y adornados por tupidas pestañas oscuras. Y había aprendido a controlar su forma de mirar a las personas a las que se dirigía. Sabía cómo inspirarles lástima o simpatía, dependiendo de la situación; y también sabía cómo atemorizarlas, si era necesario. Más de una vez se había librado de encontronazos desagradables usando solo su mirada y el pequeño cuchillo que siempre llevaba en la manga.

Naturalmente, al médico judío no podía (ni debía) asustarlo. Pero tampoco creía que fuese un hombre de lágrima fácil, por lo que no recurriría al patetismo. En verdad, confiaba en su elocuencia para convencerle: sabía que a los judíos solía gustarles el arte y, si le contaba que Catalina era una excelente pintora, tal vez...

Se aclaró la garganta y siguió preguntando a la gente hasta que localizó la calle del Espino.

En verdad, era un callejón. Uno lo encontraba subiendo desde la calle de la Argentería y girando hacia la izquierda. Las casas estaban tan pegadas que apenas dejaban pasar la luz.

La casa del médico estaba a mano derecha. Era un edificio de dos plantas, con las paredes de adobe sujetas con vigas de madera y un tejado de aspecto sólido, aunque ligeramente torcido. Frente a la puerta crecía, precisamente, un tupido arbusto negro.

Había un letrero pintado en la madera. Desgraciadamente, María no sabía leer, por lo que tuvo que deducir que aquella era la Casa del Espino.

Decidida, cogió la pesada aldaba de bronce y llamó.

Pum, pum, pum.

Nada.

Esperó un poco antes de repetir la llamada. Pum, pum, pum.

—¡Ya voy! —dijo una voz ahogada al otro lado de la puerta.

María tragó saliva. Era una voz profunda y aterciopelada; no parecía la de un hombre mayor. Por alguna razón, ella había imaginado que el médico sería un judío anciano y venerable.

La puerta se abrió con un golpe seco. El interior estaba en penumbra; nadie apareció en el umbral, pero la misma voz dijo:

—Adelante. Enseguida estaré libre, solo necesito quitar esto del fuego...

María parpadeó y distinguió un patio oscuro iluminado por la lumbre que ardía en un rincón. La silueta negra del médico se recortaba contra las llamas;

estaba de espaldas, apartando un cazo del fuego.

El hombre dejó el recipiente sobre una mesa y se limpió las manos en el delantal.

Después se giró hacia María. Y, por fin, la luz que entraba por la puerta abierta alumbró su cara cubierta de sudor.

Sus ojos se abrieron por el asombro.

—¡Tú...!

Los nervios treparon por las piernas de María, pero la muchacha no fue lo bastante rápida: para cuando quiso emprender la retirada, el joven ya había cerrado la puerta.

Capítulo 5

El hombre alzó las cejas.

—¿Adónde crees que vas?

María apretó los puños.

—¡Abre la puerta!

—¿Tienes prisa?

—¡Déjame salir!

El médico (¿era él de verdad?) extendió la mano y habló con tono severo:

—Devuélveme mi bolsa. Después te dejaré salir.

La muchacha entornó los ojos.

—Ya no la tengo.

—¿Cómo?

—¡Que no tengo el dinero!

—¿Te lo has gastado *todo*? ¿En un día?

—Soy eficiente.

—No lo entiendo. —El joven la miraba con incredulidad—. ¿No has venido a devolverme mi bolsa?

—Puede sonar extraño, pero los ladrones solemos quedarnos con lo que robamos. Si no, no tendría gracia.

Mientras hablaba, trataba de encontrar una salida. Sin éxito.

El médico parpadeó.

—Pero, si no has venido a eso, ¿qué quieres de mí, mujer?

—Me han dicho que esta era la casa del médico, pero no sabía que eras tú —bufó María—. Evidentemente.

—Evidentemente —repitió el joven con frialdad—. No pareces enferma, ¿sabes?

—No lo estoy. No vengo por mí.

—¿Entonces?

María dejó de buscar una salida y contempló al hombre que tenía delante. Era alto y de complexión fuerte, con la cara cuadrada y los rasgos grandes. Poseía los rizos característicos de los habitantes de la aljama, pero su tez era más clara de lo normal y tenía ojeras marrones alrededor de los ojos. Saltaba a la vista que

no salía mucho al exterior. Pese a todo, su aspecto era agradable..., o todo lo agradable que podía ser alguien que observaba a María como si fuese un animal parlante.

La muchacha se obligó a pensar en Catalina.

—Tengo una amiga que se está quedando ciega. Pinta hermosas tablas y miniaturas; no solo se gana la vida con eso, sino que sus obras son un regalo para la vista. Si pudieses ayudarla...

—¿Me estás pidiendo ayuda? —la interrumpió el médico.

María refunfuñó:

—Bueno, en realidad...

—¿Me estás pidiendo ayuda *a mí*? —insistió él—. ¿Al hombre al que has robado en plena calle? ¿Piensas que voy a mover un dedo por ti?

—¡Olvídate de mí! Te estoy pidiendo ayuda para otra persona, una persona estupenda.

—Si tú lo dices...

—¡Que yo sea un mal bicho no quiere decir que mis amigos lo sean! —dijo María con fiereza—. ¡Si conocieses a Catalina, pensarías lo mismo que yo!

El médico volvió a alzar las cejas.

—¿Te consideras un mal bicho? Por fin estamos de acuerdo en algo.

—Insúltame, si quieres —le espetó María—. Me trae sin cuidado. Solo quiero que obres un milagro y Catalina pueda seguir pintando. Solo eso.

El joven cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Y cómo piensas pagarme?

Al ver la cara de María, chasqueó la lengua.

—Tendrías que devolverme el dinero que me has quitado, que son unos cuantos reales de plata, y a eso le sumaríamos el precio de la cirugía. Honestamente —suspiró—, jamás podrás reunir el dinero..., a no ser que le robes la bolsa al rey Fernando.

La muchacha sintió que la rabia se le agolpaba en la garganta.

—¡Muy bien, no lo hagas! —gritó—. ¡Deja que Catalina se quede ciega! Total, a ti te da igual, ¿no? Mientras tengas tu precioso dinero...

—Ten cuidado con lo que dices...

—¿O qué? ¿Me golpearás? ¿O me denunciarás a las autoridades? —María sabía que tenía que controlarse, lo sabía; pero, sencillamente, no soportaba ver la expresión de aquel médico presuntuoso—. ¡Para que lo sepas, no me das ningún miedo!

—¿Quieres calmarte? —dijo él con aspereza—. No voy a hacer nada de eso...

—¡Haz lo que te dé la gana!

La paciencia del joven debió de agotarse, porque le puso las manos en los hombros a María y la sujetó con firmeza.

—¿Crees que esa es la forma de dirigirte a alguien a quien has robado?

—¿Y qué pretendes, que me arrodille ante ti y te suplique clemencia? ¿Que te pida perdón con lágrimas en los ojos? ¡Eso es lo que queréis los ricos, vernos humillados mientras os rogamos que nos dejéis vivir...!

A su pesar, tenía los ojos húmedos. Se los frotó con impaciencia; no podría soportar que ese hombre la viese llorar. Pero sentía tanta rabia, tanta impotencia...

El joven la soltó. Durante un momento, ninguno de los dos dijo nada más.

Entonces él murmuró:

—Se me ocurre una solución...

—María —dijo ella con voz de ultratumba—. Me llamo María.

—¿Te gustaría ser mi ayudante, María?

Sus palabras la dejaron de piedra.

Por fin, volvió a mirar al médico. A juzgar por su expresión, no parecía estar bromeando.

—¿Tu... ayudante?

—Me vendría bien que alguien me echara una mano —dijo él—. Cada vez son más los que me llaman para que los examine y les dé un tratamiento, pero no es fácil administrar medicinas o entablillar huesos rotos sin ayuda, y ya no digamos operar.

—Pero ¿por qué yo? —gruñó María—. Yo no sé hacer nada.

Los labios del joven se curvaron en una sonrisa.

—Pero a ti no tendría que pagarte.

—¿No?

—Es una buena solución para que saldes tus deudas conmigo sin que me vea obligado a informar a las autoridades. Si trabajas conmigo hasta el otoño, estaremos en paz. ¿Qué me dices..., María?

La chica tensó los músculos. Era el primer día de abril; le parecía que quedaba una eternidad para el otoño. ¿Iba a ser la mascota de un médico judío durante todo ese tiempo?

Estuvo a punto de escupirle en la cara.

Pero luego pensó en Catalina y sus pinturas. Y recordó sus ojos, empañados por la bruma que amenazaba con cegarla para siempre.

Y se oyó a sí misma mascullar:

—De acuerdo.

Capítulo 6

María ya estaba despierta cuando cantó el gallo. Salió reptando del jergón y se desperezó como un gato. Después se dirigió hacia el hogar y examinó el contenido del puchero: el potaje de pan, nabos y corazones de manzana gorgoteaba lentamente, y la muchacha engulló una buena cantidad a modo de desayuno. Una vez saciada, abandonó su cuchitril en la calle de la Cuchillería y se dirigió hacia la puerta Quemada.

Él iba a esperarla allí.

Su nombre era Enoc de Aguilar. Era todo lo que María había averiguado sobre él. Ella solo le había dado su nombre de pila.

—María de Zaragoza —dijo con tono cortante cuando Enoc quiso saber su apellido.

Él no insistió.

María fue la primera en llegar junto a la puerta Quemada, pero el médico no se hizo esperar: poco después de que ella se detuviese junto a las piedras ennegrecidas, apareció en el extremo opuesto de la calle.

María lo recibió con un bostezo que indicaba cuánto le apetecía estar allí. Pero Enoc no se dio por aludido: llevaba una bolsa de cuero colgada del hombro y parecía animado.

—Espero que estés bien despierta. —Fue su saludo—. Tenemos mucho que hacer.

—¿Vas a operar a Catalina?

—Todavía no. Antes tengo que atender a otros pacientes.

María se sintió defraudada.

—Pero...

Enoc no le dio tiempo a protestar: para cuando María quiso darse cuenta, ya recorría la calle de la Puerta Quemada. Sus zancadas eran largas y rápidas, por lo que la muchacha tuvo que correr tras él para alcanzarlo.

—¡Te estaba hablando! —protestó.

—Y ahora también —comentó él.

María contempló su elegante perfil. Y sintió deseos de zarandearlo.

—¿No vas a operar a mi amiga? —volvió a la carga.

—Solo cuando me haya asegurado de que vas a cumplir tu palabra.

—¿Cómo?

—Si la opero hoy, ¿vendrás mañana?

María no se atrevió a decir que sí. Una cosa era mentir a una persona desconocida por la calle; otra, engañar a alguien con quien había hecho un trato. Enoc tenía razón: si operaba a Catalina enseguida, María no se tomaría la molestia de acompañarlo en sus visitas médicas. ¡Y él lo había comprendido al instante! Qué fastidio...

Resignada, lo siguió hacia el Coso.

Su primer paciente fue un artesano de mediana edad que vivía cerca de la aljama. Su casa tenía dos pisos, era espaciosa y estaba limpia; en el fondo, a María le hizo ilusión poder entrar a curiosear.

Pero, cuando se disponía a cruzar el umbral de la puerta, Enoc la detuvo:

—Tienes que lavarte.

La chica se quedó paralizada.

—¿Cómo?

—No puedes ayudarme con las manos tan sucias. Ve a la fuente y lávate.

—¡La fuente está al otro lado del Coso! —protestó ella—. ¿No podrías habérmelo dicho antes?

—Sí —concedió el médico—, pero no me apetecía.

María rechinó los dientes, pero pensó en Catalina y dijo:

—Bien. Vuelvo enseguida.

Hizo el camino de ida y vuelta a la fuente arrastrando los pies. Cuando regresó al portal del paciente, Enoc estaba esperándola.

—Sigues teniendo la cara sucia —le hizo notar.

—¿Y qué más da? No voy a tocar a ese señor con la cara.

—Ve a lavártela.

—¿Otra vez? —María se indignó—. ¡Antes no me has dicho que tuviese que hacerlo!

—Pero te lo estoy diciendo ahora.

Enoc la miraba con tranquilidad. ¿Estaba jugando con ella? María no estaba segura, pero se sentía irritada; no estaba acostumbrada a recibir órdenes, ni mucho menos a tener la sensación de que alguien le tomaba el pelo.

Pero el médico continuaba observándola sin inmutarse.

—Bueno, ¿vas a lavarte de una vez o tengo que perder todo el día contigo?

«Esto lo haces por Catalina —se recordó María—, solo por Catalina. Así que trágate el orgullo y obedece».

La joven giró sobre sus talones y deshizo lo andado sin dejar de imaginar diferentes tormentos para Enoc. Como no podía llevar a cabo ninguno de ellos sin meterse en un lío, se conformó con meter la cabeza entera en la fuente y volver chorreando. Cuando estuvo al lado del joven médico, se secó como un perro, salpicando gotas de agua por todas partes.

—¿Te has divertido? —preguntó él con frialdad.

María observó cómo se secaba la mejilla con perversa satisfacción.

—Mucho —respondió con descaro.

Enoc se acercó un poco más a ella. Le sacaba una cabeza de altura y, cuando no sonreía, parecía un hombre grave, casi temible. Al sentir su respiración en la cara, María se encogió involuntariamente.

Afortunadamente, él solo dijo:

—Basta ya de perder el tiempo.

Y se metió en la casa.

María lo siguió por un patio de piedras grises y una escalera muy desgastada. La casa debía de ser antigua, pero, como el dueño no pertenecía a ningún linaje, María supuso que la había comprado o la había obtenido casándose con una mujer de familia noble.

Descubrió que se trataba de eso último cuando vio a la señora: era una dama muy distinguida, ataviada con sedas y brocados y tocada con un velo decorado con puntillas. Saludó a Enoc con finura; a María le dirigió una mirada desdeñosa.

Cuando le dio la espalda, ella le sacó la lengua.

Entonces captó una mirada impaciente de Enoc. Y se sintió ligeramente avergonzada.

El señor le resultó más simpático que su esposa, aunque parecía bastante enfermo: su cara había adquirido un tono amarillento y apenas podía incorporarse, por no hablar del hedor que desprendía.

—¿Es la peste, doctor? —gimió por lo bajo.

—¿Os ha salido algún bulto extraño en el cuerpo? —preguntó Enoc.

—No, que yo sepa.

Por si acaso, el médico le palpó el cuello y las axilas. Después dijo con tono cordial:

—No creo que sea la peste. ¿Me permitís...?

El joven metió el pulgar entre los labios del paciente y empujó hacia arriba. María se dio cuenta de que pretendía examinarle las encías y ella misma estiró el cuello para mirar.

—¿Quién es esta moza? —preguntó la señora con frialdad.

—Mi ayudante —respondió Enoc distraídamente.

María ignoró deliberadamente a la mujer y se dirigió al médico:

—Le sangran las encías.

—Ya lo he visto. —Enoc retiró el pulgar de la boca del hombre—. ¿Coméis verdura con frecuencia?

—La verdura es para el ganado —contestó él con un gesto despectivo.

—Y para vos, si queréis recuperaros —dijo el médico con suavidad—. Decidle a vuestra cocinera que os prepare verduras de toda clase: coles, cebollas, zanahorias...; dos raciones al día, por lo menos.

El paciente hizo ademán de protestar, pero Enoc prosiguió, implacable:

—Y tomad fruta, también. Las naranjas son buenas para vuestra enfermedad, pero ya no es temporada, así que tendréis que conformaros con manzanas.

—Las manzanas se las damos a los cerdos...

—Por eso vuestros cerdos gozan de buena salud.

A María se le escapó una carcajada. Se tapó la boca con las manos, pero ya era tarde: la señora de la casa le dirigió una mirada ácida y se apartó de ella.

Curiosamente, la reacción del señor fue distinta:

—Pues es verdad, nuestros cerdos son gordos y saludables —admitió—. Tal vez debería tomar ejemplo de ellos.

El hombre curvó hacia arriba la comisura del labio y María le sonrió abiertamente. Incluso Enoc se permitió una discreta sonrisa.

—¿Qué tal lo he hecho? —le preguntó la muchacha cuando volvieron al Coso. Él la miró con sorna.

—Pero si no has hecho nada.

—¡Claro que sí! Te he dicho que a ese hombre le sangraban las encías.

—Espero que eso no te haya dejado exhausta.

—¿Por qué le has dicho que comiese verdura?

—Porque eso curará su enfermedad.

—Yo solo como nabos y manzanas.

—Los nabos y las manzanas están bien. Y son baratos.

María sonrió ampliamente.

—Son realmente baratos, sí. Sobre todo, si el huerto o el manzano son de otro.

Enoc levantó una ceja.

—¿Te enorgulleces de ser una auténtica ladrona?

—Me consideraré una auténtica ladrona cuando vaya por ahí exigiéndole a la gente que me dé el diezmo —respondió ella con aspereza—. De momento, soy

una ladrona. A secas.

Como Enoc no contestó, María echó a andar con dignidad.

—Es por el otro lado —le dijo él.

—¡No lo sabía! —bufó ella.

—No hace falta que grites. Puedo escucharte perfectamente. Nuestro próximo paciente está en la calle de los Predicadores.

—¿Es Catalina? —María se sintió esperanzada.

Pero no era Catalina, sino un niño de ocho o diez años que tenía una astilla clavada en el pie.

Esta vez, no tuvieron que visitar al niño en su casa: su madre los esperaba en el portal.

—¡No quiero! —protestó el niño al ver a Enoc.

El médico lo ignoró y extrajo unas pinzas de su bolsa.

—Enséñame tu pie.

—¡No!

—Johan, querido, solo será un momento... —lo arrulló su madre.

Pero el pequeño Johan sacudió la cabeza con vigor.

Entones María intervino:

—¿Sabes que yo también tengo un amigo que se llama Johan?

El niño y su madre la miraron con el mismo recelo, pero ella prosiguió:

—Él también se clavó una astilla cuando tenía ocho años.

Los ojos verdes del niño se abrieron de par en par.

—¿Le dolió? —murmuró.

—Bastante —admitió María—. ¿Quieres que te cuente cómo fue?

—Sí.

—Bien. —La muchacha se aclaró la garganta. Entre tanto, la madre del niño ya le estaba quitando el zapato—. Resulta que Johan se puso a jugar en el taller del carpintero. Y su madre le decía: «¡Johan, no juegues descalzo, que te clavarás una astilla!», pero a Johan le entraba por un oído y le salía por el otro...

Enoc le cogió el pie a Johan y lo levantó hasta que la rosada planta quedó a la altura de su nariz aguileña. María lo espío por el rabillo del ojo, pero siguió hablando:

—... así que se puso a jugar descalzo. Y, naturalmente, se clavó una astilla...

Entonces el niño se dio cuenta de lo que estaba haciendo Enoc y apartó el pie velozmente.

—¡No quiero! —repitió con energía.

Pero María prosiguió con tono lúgubre:

—Y, como Johan no quiso que ningún médico le quitara la astilla del pie..., ¡se quedó cojo para siempre!

El niño la miró con espanto y balbuceó:

—¿En... serio?

—En serio. Ahora se pasa el día mendigando en la puerta de la Iglesia de los Predicadores —suspiró ella—. Se arrepiente muchísimo de la decisión que tomó, pero ya es demasiado tarde para volver atrás. En fin —añadió con tono ligero—, puedo presentártelo, si quieres. Por si tú también acabas cojo para siempre.

Poco después, María se despedía alegremente del niño, a quien Enoc había vendado el pie tras sacarle una astilla de una pulgada.

—¿Cómo sabías que se la había clavado en el taller de un carpintero? —le preguntó el médico en voz baja.

Ella se encogió de hombros.

—No lo sabía, pero ¿dónde iba a hacerlo, si no?

—¿Y es cierta la historia que le has contado?

—Claro que no. Tengo un amigo cojo que se llama Johan, sí, y mendiga en la Iglesia de los Predicadores, pero no se clavó ninguna astilla cuando era pequeño.

—¿Y por qué te lo has inventado?

—Porque ese mocoso idiota no iba a dejarse sacar la astilla si no le metíamos un poco de miedo.

—Tienes una forma curiosa de relacionarte con los niños.

—Curiosa, pero efectiva, ¿no te parece? —replicó ella—. ¿Cuánto dinero hemos ganado?

—Cuánto dinero *he* ganado, querrás decir...

—Yo también lo he ganado, otra cosa es que te lo quedes tú.

—Hemos ganado suficiente —dijo Enoc sin perder el buen humor—. Pero aún tenemos trabajo.

El médico se encaminó hacia la plaza de la Alhóndiga, donde dijo que se ocuparían de un paciente *especial*.

—¿Quién es? —preguntó María.

Pero Enoc no se lo dijo.

En los alrededores de la plaza de la Alhóndiga vivían mudéjares y moriscos, sobre todo. Las casas eran distintas a las que rodeaban el Coso; algunas de ellas tenían patios y aljibes, incluso. María no solía ir mucho por allí.

Cuando llegaron a la plaza, Enoc se detuvo junto a una fuentecilla y esperó.

Al cabo de un momento, una figura diminuta se acercó a ellos.

Al principio, María ni siquiera la vio. Esperaba encontrarse con una persona

adulta, por lo que pasó por alto a la chiquilla de tez oscura que se aproximaba. Solo cuando Enoc se agachó para saludarla comprendió que ella era a quien habían ido a ver.

—Buenos días, Fátima —le dijo Enoc con tono cordial—. ¡Vaya, ya no estás tan caliente! ¿Te sientes mejor?

La niña dijo que sí con la cabeza. Era muy morena e iba vestida con harapos, pero sus ojos se iluminaron al contemplar al médico.

—Parece que sí. —Enoc le tocó la frente y asintió—. Es una buena noticia, pero no olvides que, si vuelves a tener calentura, debes bañarte en agua bien fría. ¿Está bien, Fátima?

La niña volvió a sacudir la cabeza vigorosamente. Después miró a María.

—Ella es mi nueva ayudante: María —le explicó Enoc—. Ladra como un perro, pero no muerde.

María sintió el impulso de golpear a Enoc..., pero entonces volvió a mirar a Fátima. La niña le recordaba a un ratón de campo.

Y, sin saber por qué, ladró:

—¡Guau, guau!

María no habría sabido decir quién parecía más sorprendido, si Fátima o Enoc. Pero, al cabo de un momento, la niña rio.

María volvió a ladrar. Fátima soltó una carcajada; después les dijo adiós con la mano y trotó hacia un callejón. Sus piernas parecían palillos golpeando un tambor.

Enoc se incorporó con un gruñido.

—Suficiente por hoy —anunció.

María y él echaron a andar por el Coso. Cuando llegaron a los muros de la aljama, el joven se detuvo.

—Yo me quedo aquí. Si me entretengo, tendré problemas.

María lo sabía. Los judíos podían ir y venir libremente por Zaragoza, pero solo durante el día; al caer la noche, debían permanecer tras los muros de la aljama.

—Te espero mañana en la puerta Quemada —dijo Enoc a modo de despedida.

—Adiós.

María le dio la espalda y volvió a la calle de la Cuchillería arrastrando los pies.

Había sido un día largo y poco fructífero. Estaba cansada y el estómago le rugía vorazmente; no había tenido tiempo de robar ninguna bolsa, ni siquiera un puñado de manzanas agrietadas. Aún le quedaba algo de potaje y una ristra de

cebollas, pero ¿qué pasaría cuando sus reservas se agotaran?

La preocupación le aguijoneó el vientre con la misma fiereza que el hambre. Más le valía persuadir a Enoc de que curara a Catalina lo antes posible; de lo contrario, tendría problemas.

María se refugió en su choza, engulló una miserable cena y, con esos amargos pensamientos torturándola, cayó rendida.

Capítulo 7

Los días siguientes transcurrieron de la misma manera. María se encontraba con Enoc en la puerta Quemada a primera hora de la mañana y volvía a casa en el crepúsculo. Los dos recorrían Zaragoza visitando a sus pacientes; casi todos eran ricos y pagaban bien, pero algunos, como la pequeña Fátima, eran pobres como ratas. Enoc los atendía sin darse importancia, y esa era una de las pocas virtudes que María le reconocía interiormente.

Por lo demás, el médico podía llegar a exasperarla. Le irritaba su altura, que él exhibía con mal disimulada satisfacción, y la velocidad a la que caminaba, pues le obligaba a corretear tras él como un cachorro tras su dueño. También le ponían nerviosa su forma de sonreír disimuladamente cuando ella abría la boca y el tono burlón que empleaba para darle indicaciones.

—Sujétalo mejor —le soltó el tercer día de trabajo, cuando les tocó entablillar la pierna de un hombre acaudalado que había tropezado durante una borrachera colosal—. Si no, acabaré vendándole la cabeza.

—Y así tendrá un turbante que será la envidia de cualquier sultán —respondió ella con tono cortante.

Afortunadamente, el paciente acogió su comentario con una carcajada. Pero María captó una mirada irritada de Enoc... y eso no le produjo ninguna satisfacción.

Verdaderamente, no le molestaba visitar a los heridos y enfermos. No olían bien, y algunos se quejaban demasiado, pero era interesante escuchar sus síntomas y presenciar cómo Enoc los diagnosticaba y les recetaba (o aplicaba) un tratamiento. Además, María no era escrupulosa: sujetar bacinillas llenas de vómito, limpiar heridas supurantes o vendar miembros magullados no le impresionaba demasiado.

No, el problema era Enoc.

María odiaba sentirse atrapada por él. Tenía la jornada ocupada y la despensa vacía por su culpa.

Incluso Pedro se lo hizo notar:

—¿Dónde te metes, María? —le preguntó una mañana.

—Ahora ayudo al médico judío.

—¿Al médico judío? Pero, ¿por qué?

Pedro la miró con asombro. La calle de la Cuchillería no estaba muy llena, pero María se sentía observada..., y no le gustaba.

—No es asunto tuyo —dijo con tono cortante.

No pensaba dar explicaciones. No iba a airear la vida de Catalina ni la suya.

Pedro silbó, pero no insistió. Y, como siempre, María se dirigió hacia la calle de la Puerta Quemada.

Enoc ya estaba esperándola.

—Llegas tarde.

—Lo sé.

—¿Te encuentras bien? Estás pálida.

—No es nada.

—Pero...

—¿Estás sordo? ¡Te he dicho que no es nada!

María se arrepintió de haber gritado, pero ya era demasiado tarde.

El médico se quedó callado un momento. Entonces María sintió un pinchazo en el estómago; debió de poner cara de dolor, porque Enoc chasqueó la lengua.

—¿No vas a contarme qué te duele?

—No.

Pero, sin darse cuenta, se había llevado las manos al vientre.

—¿Has comido algo antes de venir?

La chica sacudió la cabeza con desgana.

—¿Por qué no?

—¿Y a ti qué te importa?

—Eres mi ayudante...

—¡Tu sierva, eso es lo que soy!

María se agarró el estómago para ocultar el temblor de sus manos.

—¡No pongas esa cara! —escupió—. ¡Llevo una semana siguiéndote como un perro apaleado porque me dijiste que curarías a una persona que me importa, pero no piensas hacerlo, ahora me doy cuenta! ¡Eres un mentiroso, un mentiroso y un avaro...!

—Es suficiente —la interrumpió Enoc—. Haz el favor de venir conmigo.

María sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas de rabia.

—¡Como si tuviera elección! —gritó.

El joven se acercó a ella y le levantó la barbilla.

María sintió el tacto áspero de sus dedos, pero no apartó la cara. Sus ojos se encontraron con los de Enoc...

... y algo en esa mirada le provocó un escalofrío.

—Ven conmigo —dijo él en voz baja—, María.

María. Le había llamado María.

Era la primera vez que pronunciaba su nombre.

Por fin, la muchacha reaccionó y dio un paso atrás. Pero, cuando Enoc echó a andar calle arriba, fue tras él.

Cruzaron los muros de la aljama, recorrieron la calle de la Argentería y llegaron a la del Espino. Entonces Enoc sacó su llave y abrió la puerta de su casa.

—Pasa —indicó.

María se sintió aliviada al refugiarse en el cálido interior del patio. El fuego estaba casi apagado, pero el joven no fue a avivarlo, sino que se dirigió hacia una escalera que había a la izquierda.

María lo siguió hasta una cocina en cuyo centro había un hogar. Enoc le ofreció un asiento frente a la lumbre y se puso a revolver; mientras tanto, María se entretuvo contemplando la estancia. No era muy grande, pero estaba limpia y ordenada; había varias hileras de sacos y un par de toneles, y un montón de cacharros de cobre colgando de las paredes. Además, podía distinguir el aroma del tomillo y el romero mezclándose con el de la madera quemada.

—Cómo se nota que eres rico —dijo en voz alta—. Yo enciendo el fuego con mierda, no con madera.

Oyó que Enoc resoplaba. Le costó un poco comprender que se estaba riendo.

Al cabo de un momento, el joven se incorporó y puso frente a ella un plato con varios trozos de pan ácimo, dos huevos cocidos, unas hojas de col y un puñado de nueces.

María lo miró de reojo.

—¿Esto es para mí?

—No, es para el rey Fernando.

La chica resopló y se apoderó de un trozo de pan.

—No quiero tu caridad —dijo con la boca llena.

—No es caridad, es hospitalidad.

—Tampoco quiero tu hospitalidad. No somos amigos, ni siquiera te gusto.

—¿Eso crees?

Enoc se sentó a su lado. Nunca antes habían estado tan cerca; de hecho, no habían vuelto a estar solos desde que María se presentó en la Casa del Espino por primera vez.

María le giró la cara y cogió un puñado de nueces.

—Tú tampoco me gustas, ¿sabes?

—Lo he deducido cuando me has insultado.

La chica tragó y se quedó mirando el fuego. Solo había algo peor que sentirse atrapada: sentirse culpable.

Enoc exhaló un suspiro, pero no dijo nada más.

María estuvo a punto de darle una réplica mordaz..., pero cambió de idea.

—Lo siento —farfulló.

El joven la miró con sobresalto.

—¿Eh...?

—¡Lo siento! —gritó ella. Ahora sí que le miraba a los ojos—. ¡Siento haberte llamado mentiroso y avaro!

Enoc arrugó la frente.

—No hace falta que chilles, estoy a tu lado.

Pero, mientras hablaba, tensó las comisuras de los labios.

—No te atrevas a reírte —siseó María furiosamente.

—¿Cómo no voy a hacerlo? —dijo Enoc sin perder aquella media sonrisa—. Eres muy divertida.

—¡Oh, sí, vamos a reírnos a costa de la cristiana pobre! —María apartó el plato con el pie y esparció la comida por el suelo—. Al Infierno con esto, ya no lo quiero.

Sus palabras dejaron tras de sí un silencio pegajoso. Durante un buen rato, ninguno de los dos dijo nada más.

María miró a Enoc con disimulo. El joven contemplaba los restos de la comida con una expresión indescifrable.

—Eso es lo que piensas de mí —dijo entonces.

No era una pregunta.

—Eso es lo que piensas de mí —repitió.

María no contestó. Enoc se puso en pie y se dirigió hacia la escalera sin mirarla.

—Andando, tenemos mucho trabajo.

La chica se incorporó. No estaba segura de cómo se sentía; solo sabía que una parte de ella seguía furiosa con Enoc... y la otra sentía unos remordimientos terribles.

«¿Y por qué debería sentir remordimientos? —se dijo con impaciencia—. Nada de lo que le he dicho es mentira».

Los dos salieron de la Casa del Espino y abandonaron la aljama en silencio. María se dio cuenta de que algunas personas cuchicheaban al verlos pasar, pero

no le concedió demasiada importancia.

Estuvieron callados hasta que Enoc enfiló la calle de los Predicadores.

—¿Adónde vas? —preguntó María.

Pero él no respondió. Ni siquiera la miró.

La chica tuvo una corazonada, pero no quiso tentar a la suerte. Por eso no hizo más preguntas.

Capítulo 8

María llevaba un buen rato conteniendo la respiración.

—¿Estáis preparadas? —preguntó Enoc.

María gruñó algo parecido a un «sí». Catalina, que había aspirado las hierbas que le había ofrecido el médico, apenas pudo balancear la cabeza en señal de aprobación.

Una vela encendida separaba a Enoc de la muchacha. Ella lo observó con detenimiento mientras pasaba sus utensilios de metal por el fuego; le había visto hacerlo en otras ocasiones, por lo que no le sorprendió.

—Sujétala bien, María —dijo él entre dientes—. Intenta que no se mueva ni un poco.

Una gota de sudor le resbalaba por la sien al joven. María se obligó a dejar de mirarlo y concentró todos sus esfuerzos en sujetarle los brazos a Catalina. La habían colocado en un rincón de la Iglesia de los Predicadores; Enoc había echado a los curiosos, pero, pese a sus esfuerzos, diez o doce parroquianos los observaban a una distancia prudencial. Entre ellos estaba la prima de Catalina, una apurada mujer que también se llamaba María, pero a la que todos llamaban Marieta.

Marieta se retorció las manos. Catalina había enviado a un muchacho a buscarla cuando Enoc le contó cómo iba a ser su operación.

—Tal vez sea mejor que primero os cure un ojo y, más adelante, el otro —había dicho el médico—. Para que podáis ver algo mientras tanto.

Pero Catalina tenía otra opinión.

—Cada día que pasa estoy más ciega. Prefiero que me operéis los dos ojos a la vez... y que sea lo que Dios quiera.

—Sangraréis —le había advertido Enoc entonces—. Y tendréis que llevar una venda durante unos días. ¿Quién se ocupará de vos?

—Yo —dijo María al punto.

Catalina sonrió.

—No, tesoro: tú tienes cosas que hacer. Pero estoy segura de que a mi prima Marieta no le importará.

Así pues, decidieron que Marieta atendería a Catalina durante su

convalecencia.

La mujer gimoteaba:

—¿Tienes los amuletos, Catalina...?

Catalina respondió con un murmullo, ya que apenas podía levantar la cabeza. Su piadosa prima se había empeñado en rodearla de abalorios; María dudaba de su utilidad, pero no quería perder la concentración discutiendo con Marieta.

Ahora todo estaba en manos de Enoc.

La vela tembló cuando la mano del médico se acercó a la cara de Catalina.

María sintió que se le erizaba el vello de la nuca: no era lo mismo ver sangrar a un paciente desconocido que a su amiga. Si algo salía mal...

«No —se dijo con firmeza—, nada saldrá mal. Que salga mal no es una opción».

Y tensó todavía más los brazos alrededor de Catalina.

Todo fue más rápido de lo que creía. Enoc debió de pinchar el ojo de Catalina, porque la mujer chilló. Por si acaso, María la abrazó con fuerza; no era necesario, pues Catalina enseguida se relajó de nuevo.

—Lo estáis haciendo muy bien, Catalina —dijo Enoc con suavidad—. Ya falta poco...

María sintió que empezaba a marearse. Para evitarlo, analizó la cara concentrada de Enoc: sus pobladas cejas negras, su nariz aguileña, sus labios carnosos, que ahora estaban cubiertos de sudor...

—Hay que vendarla —dijo él sin previo aviso.

La muchacha parpadeó, pero enseguida reaccionó y cogió las vendas que había dejado preparadas.

Poco después, Catalina se incorporaba con la ayuda de María y Enoc. Aún estaba aturdida y le temblaban las rodillas, pero podía caminar.

Su prima se acercó con cautela.

—¿Catalina...?

—No me hables como si fuese una aparición, prima —respondió ella en voz baja—. De momento, sigo viva, pero no veo. Si me ofreces tu brazo...

María contempló a la mujer con satisfacción. Todo había terminado: solo tenían que pasar unos días antes de que Catalina pudiese volver a sus pinturas.

Catalina estiró la mano en busca de María.

—Te doy las gracias, tesoro. Y a vos también, mi salvador; os llamáis médico, pero, para mí, sois un santo. Que Dios os bendiga.

Enoc sonrió brevemente. Cuando Catalina y su prima salieron del templo, María le susurró:

—¿Por qué has sonreído? Tu dios y el suyo son diferentes.

—Tal vez —concedió Enoc—. O tal vez sean el mismo con distintos nombres. Nosotros, ¡pobres mortales!, no podemos saberlo.

El joven parecía de buen humor. Y, sin embargo, María creyó ver una pizca de dolor en su mirada.

—Gracias —dijo con sinceridad.

—Gracias a ti. —Enoc volvió a colgarse la bolsa del hombro—. Supongo que nuestros caminos se separan ahora...

María abrió los ojos y la boca al mismo tiempo.

—¿Cómo dices?

—Has saldado tu deuda —dijo él.

—¿Tan pronto?

Enoc levantó un hombro.

—Quizá exageré un poco cuando dije que tendrías que trabajar conmigo hasta el otoño.

María estuvo a punto de enfurecerse. A punto.

Pero, en vez de eso, dijo:

—Pero yo quiero seguir ayudándote.

El joven la miró como si acabara de pedirle matrimonio.

—¿Qué?

—Has cumplido tu palabra —dijo María—. Y yo... quiero cumplir la mía. Además, me gusta curar a la gente y todo eso.

—Pero ¿de qué vivirás?

La chica se mordió el interior de la mejilla. Era una buena pregunta...

—Me las arreglaré...

—Hagamos un trato —dijo entonces Enoc—. Puedes seguir trabajando conmigo..., pero te pagaré. No mucho —advirtió—, pero sí lo bastante como para que puedas comprar comida y todo aquello que necesites. Sin necesidad de robar —añadió con tono severo.

Había más de cien velas encendidas en la Iglesia de los Predicadores. Su luz dorada envolvía la figura de Enoc; durante un momento, María lo comparó mentalmente con san Rafael, «Medicina de Dios».

Se dio cuenta de que había dejado de respirar.

—¿Trato hecho? —preguntó Enoc.

María intentó disimular una sonrisa, pero no fue capaz.

—Trato hecho —declaró.

Capítulo 9

María escogió una manzana especialmente lustrosa.

—¿Cuántos maravedíes son? —preguntó al mercader.

El hombre, que la conocía bien, pareció sorprendido, pero le dijo el precio. María pagó gustosamente y se alejó mordiendo la manzana.

«Pues no está tan mal ser una persona honrada —se dijo con alegría—, solo hace falta tener dinero».

Echó a andar por el Coso. Seguía yendo descalza, pero se había comprado una saya nueva de color anaranjado el día anterior. El risueño comerciante le había asegurado que era roja; María no estaba ciega ni era estúpida, pero, en verdad, le daba igual el color. Ella solo quería una saya que no tuviese más de cinco agujeros.

Mientras devoraba la fruta, notó que alguien la seguía. Tuvo la astucia de no mirar por encima del hombro, sino que fingió que se le clavaba algo en la planta del pie y se detuvo con el pretexto de examinarla.

Entonces descubrió que se trataba de una niña. Era alta y esbelta, pero parecía joven, de unos ocho o diez años. Iba bien vestida y calzada, y llevaba un pañuelo blanco del que escapaban dos trenzas negras. Sus ojos, del mismo color, estaban clavados en María.

No se lo había imaginado: la niña la seguía. Pero ¿por qué? ¿La conocía de algo? No, lo hubiese recordado; María tenía una memoria excelente.

La joven dio otro mordisco a la manzana y miró a la niña con sorna.

—¿Quieres un poco? —dijo con la boca llena—. Está deliciosa.

Lentamente, la niña avanzó hacia ella y, tras un instante de vacilación, cogió el resto de la fruta.

—No deberías aceptar comida de una desconocida, ¿lo sabías? —María la miró con aire divertido—. Podría estar envenenada.

La niña tragó y sacudió las trenzas.

—Pero vos no sois una desconocida.

—¿No?

—Sois la ayudante del médico.

—¿Cómo lo sabes?

—Toda la aljama lo sabe.

María alzó las cejas.

—Ya veo.

Entonces tuvo una revelación.

—¿Te han dicho que me vigiles?

La niña no respondió, pero su mirada confirmó las sospechas de María.

—Ya veo —suspiró ella—. Supongo que hoy es un buen día para hacerlo, ¿verdad? Aprovechando que Enoc tiene asuntos de los que ocuparse...

—Enoc está en casa de la familia De Andújar.

—¿Y esos De Andújar son...?

—Plateros —contestó la niña—. Tienen un puesto en la calle de la Argentería.

—Entiendo.

—Mis abuelos dicen que son gente de buena cuna.

—Si tus abuelos lo dicen...

La niña ladeó la cabeza con aire pensativo. Tenía la nariz aguileña y la mirada sagaz; por alguna razón, a María le resultaba familiar.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Galit.

—¿Galit...?

—Galit... de Aguilar.

Claro. Por eso le sonaba.

María maldijo a Enoc por no haberle dicho que tenía una hermana. Pero ¿por qué iba a hacerlo? Ella tampoco le había hablado de su familia.

Pero lo suyo era distinto. Lo suyo era un asunto doloroso.

—Encantada de conocerte, Galit de Aguilar —rezongó finalmente.

Las pobladas cejas de la niña se alzaron.

—Igualmente..., María de Zaragoza.

Y añadió en voz baja:

—He cambiado de idea. Ya no voy a espiaros.

—¿Ah, no? ¿Y eso por qué?

—Me gustáis.

—Vaya, esa no es una opinión muy popular.

Galit empezó a retorcerse una de las trenzas.

—No hay mucha gente que esté dispuesta a hablar conmigo. Para una persona que lo hace, no voy a espiarla.

—Pero ¿quién quiere que me espíes? —bufó María—. ¿Tus abuelos?

—No... No exactamente —se corrigió la niña—. No solo ellos.

María se rascó la cabeza.

—Explícate.

—Mis abuelos y los De Andújar tienen planes.

—¿Y esos planes tienen que ver conmigo?

—Sí y no.

La muchacha chasqueó la lengua.

—¿Puedes ser más clara?

—Quieren casar a Enoc con Ruth de Andújar.

María se sobresaltó. ¿Casar a Enoc...?

—¿Te ha enviado esa tal Ruth, entonces?

—No, ella no me ha dicho nada. —Galit volvió a sacudir las trenzas—. Mis abuelos y sus padres están de acuerdo en que las mujeres no debemos hablar de estas cosas. Ni de otras cosas, en realidad...

—Eh, para el carro —la interrumpió María—. Para empezar, las mujeres podemos hablar de lo que nos dé la gana, digan lo que digan tus abuelos. Y ahora vamos al grano: ¿qué tienen que ver Enoc o su prometida conmigo?

Los ojos oscuros de Galit adquirieron un brillo travieso.

—¿No os lo imagináis?

—Eh... —María se armó de paciencia—. Espero que no estés pensando lo que creo que estás pensando.

—Entonces, ¿no es verdad?

—¿Qué no es verdad, niña? —Definitivamente, la paciencia no era uno de sus dones.

Galit sacudió la cabeza por tercera vez.

—No os enfadéis conmigo. Si queréis, les diré a los De Andújar que se equivocan.

La expresión de la niña apaciguó un poco a María. Le inquietaba la idea de que alguien quisiera espiarla, pero, al mismo tiempo, le hacía gracia la situación; sobre todo, porque Galit parecía tomársela muy en serio.

—Pero ¿qué esperaban que vieses? —Suspiró—. Lo más interesante que iba a hacer esta mañana era comprar una manzana y un poco de cerveza.

—¿Puedo acompañaros?

María parpadeó.

—¿Qué?

—Os lo ruego —dijo Galit con seriedad—. Hacía mucho tiempo que nadie me dejaba hablar tanto rato seguido. Si me permitís acompañaros, me portaré bien. ¡Incluso os ayudaré a llevar los bultos...!

—Está bien.—Gruñó María—. Puedes venir conmigo, y tal vez hablemos un poco más..., pero no te pongas a lloriquear. No soporto a los niños llorones.

—Yo no soy ninguna llorona, ya lo veréis. —La niña levantó la nariz con orgullo—. ¿Dónde vais a comprar la cerveza?

—Sígueme y lo descubrirás.

María echó a andar con Galit pisándole los talones. No sabía si había hecho bien dándole permiso para acompañarla; pero, a fin de cuentas, era la hermana de Enoc. ¿Qué daño podía hacerle?

Le preocupaba más que una familia de la aljama pretendiese controlar sus pasos. Si algo odiaba María era ser controlada... y más aún por gente rica y poderosa.

Tal vez *ella* también hiciese averiguaciones sobre esos De Andújar. Solo por si acaso.

Pero no era el momento de pensar en ello. Y se le ocurrió algo para distraerse.

—Galit...

—¿Sí?

—¿Quieres saber cómo convencí a un niño de tu edad de que se dejara quitar una astilla del pie?

—¡Sí!

Y María empezó a contarle la historia.

Capítulo 10

María contemplaba a Enoc a través de las llamas del hogar. El médico había colocado un caldero sobre el fuego y le daba vueltas con aire absorto; María empezó a mirar por encima de su hombro, pero, como solo se veía un líquido pardusco que burbujeaba, enseguida se aburrió.

—¿Cómo está Galit? —preguntó.

—¿Galit...? —repitió Enoc distraídamente—. Bien, supongo. Con nuestros abuelos.

—Ayer estuvo siguiéndome por toda la ciudad.

—Dice que tú le diste permiso.

—¿Cómo no iba a hacerlo? Es tu hermana. —Como Enoc no respondía, añadió—: No sabía que tenías una hermana. Ni abuelos.

—Pues ahora ya lo sabes.

El joven seguía sin mirarla. Cuando se ponía a preparar remedios, no prestaba atención a las conversaciones. Como mucho, bebía un sorbo de vino con miel de vez en cuando.

María volvió a la carga:

—¿Te fue bien ayer?

—¿Ayer...?

—Mientras yo estaba con Galit. Dijiste que tenías algo que hacer...

—Eso dije.

—¿Algo relacionado con una boda, tal vez?

Enoc levantó la cabeza de golpe.

—¿Qué?

El joven parecía perplejo. María carraspeó:

—Se rumorea que una tal Ruth de Andújar tiene interés en ti...

Enoc apretó las mandíbulas.

—Al final voy a tener que sacudir a mi hermana.

El médico removió vigorosamente el contenido del caldero. María murmuró:

—¿Por qué no me lo habías contado?

La mano de Enoc se detuvo durante un instante.

—¿Tendría que haberlo hecho?

María se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Ni siquiera estoy seguro de que vaya a casarme con ella, ¿sabes?

—Pero ¿te gusta?

—No lo sé.

—¿Cómo no vas a saberlo?

—Apenas la conozco.

—Pero la habrás besado o algo...

El joven se atragantó.

—¡No! —rugió.

María lo miró con aire divertido.

—¿Por qué te sonrojas? Ni que un beso fuese un crimen. Si os hubieseis revolcado en un pajar, todavía...

Las mejillas de Enoc habían adquirido el mismo color que el vino.

—¿Cómo puedes siquiera insinuar...? —tartamudeó—. ¡Yo no me he revolcado en ningún pajar! ¡Y menos con una mujer!

—¿Con un hombre, entonces?

—¡Tampoco, obviamente!

María soltó una carcajada.

—Pues tú te lo pierdes.

El joven escondió la cara detrás de la copa de vino y farfulló:

—No puedo creer que estemos hablando de esto. Mi religión me lo prohíbe...

—Qué aburrida.

—¡La tuya también!

—Quítate la copa de la cara, hombre, que te estoy viendo igual.

María se estaba divirtiendo; Enoc, por el contrario, parecía cada vez más tenso.

Por alguna razón, eso divertía a María todavía más.

—No sé tú —murmuró entonces—, pero yo no pienso dejar que la religión controle mi vida.

—¿Es que no crees en tu dios?

—Sí, creo en Él. Y le quiero mucho. Pero pienso que está demasiado ocupado con sus cosas como para prestar atención a lo que hago en los pajaros.

—No vayas diciendo eso por ahí. Podrían pensar que eres...

—¿Una prostituta? —sugirió María sin inmutarse—. ¿Tú piensas eso de mí, Enoc?

—No.

Su tono fue rotundo. La muchacha se sintió extrañamente conmovida.

—¿Sabes? —dijo en voz baja—. Antes de casarte con Ruth, deberías averiguar si te gusta en *ese* sentido. Por lo menos, deberías besarla.

El joven volvió a ocultarse tras la copa.

—No creo que un beso sea tan importante.

—Lo dices solo porque nunca te han besado.

—¡Deja de burlarte de mí o te echaré de mi casa!

—Y tú deja de beber vino o te dolerá la cabeza.

María le quitó la copa con delicadeza. Enoc tenía la cara arrebolada y los ojos brillantes. Al encontrarse con los de María, agachó la cabeza.

—¿Qué te pasa? —rio la muchacha—. ¿Estás avergonzado porque te he hablado de besos?

—¡No...! —protestó él débilmente.

María suspiró.

No supo por qué lo hacía. Ni siquiera se paró a pensar. Enoc y ella estaban tan cerca que podía sentir la caricia de su aliento; incluso creyó oír los latidos apresurados de su corazón.

Entonces sintió ese calor. Un calor que nacía en el pecho y bajaba por el vientre. Lo conocía de sobra, pero hacía tiempo que no lo sentía con tanta intensidad.

Sus manos se apoyaron en los hombros del joven.

—María... —empezó a decir él.

Pero ella ahogó sus palabras con un beso.

No fue un beso normal. Primero le acarició los labios con la lengua. Después los separó delicadamente para invadir su boca. Enoc se tensó y suspiró, pero no se apartó; cuando María entreabrió los ojos, descubrió que él los tenía fuertemente cerrados.

Reprimió una sonrisa y, por fin, encontró la lengua de Enoc. El sabor del vino con miel la dejó aturdida por un momento.

Pensaba retirarse enseguida. Solo quería jugar con él, tomarle el pelo un poco. Era un beso inocente...

Pero entonces sucedió.

La respiración se le aceleró. Sus dedos se hundieron en la tela. Su boca resbaló por los labios de Enoc, por su barbilla, por su garganta...

Él gimió.

María se apartó bruscamente.

—Lo siento —farfulló atropelladamente—. Yo solo quería... ¡Oh, lo siento!

El corazón le golpeaba las costillas. Enoc seguía de rodillas en el suelo, sonrojado y despeinado, y la miraba como si no entendiese lo que acababa de ocurrir.

Y María sintió miedo. Un miedo irracional que la empujó escalera abajo y no le permitió detenerse hasta que hubo dejado atrás la aljama.

Capítulo 11

Aún era de noche cuando María despertó empapada en sudor.

Uf. Solo era un sueño.

No sabía si sentirse aliviada o... decepcionada.

Aún sentía el cuerpo de Enoc contra el suyo, desnudo y cubierto de sudor. Había soñado que ellos dos...

Pero eso no estaba bien.

Salió del jergón a gatas y metió la cabeza en el cubo que había llenado el día anterior. Después se echó agua fría por el cuerpo, también. A ver si así se calmaba un poco...

Ella nunca había concedido demasiada importancia a los besos, ni siquiera al sexo. Le parecía lo más natural del mundo. Tampoco es que lo hiciese con cualquiera, y tenía cuidado, desde luego; pero no le parecía algo que tomarse a la tremenda..., hasta ese momento.

¿Qué le había pasado con Enoc?

Necesitaba aclarar sus ideas. Necesitaba hablar con alguien de confianza... y enseguida supo a quién debía acudir.

«Ya sé lo que voy a hacer —decidió—: saldré temprano, le compraré alguna chuchería a Catalina y, cuando me despida de Enoc, iré a visitarla a casa de su prima. Así podré ver cómo se encuentra... y, de paso, pedirle consejo».

A Catalina le gustaba la miel. Tal vez María pudiese comprarle un tarro...

Más animada, salió de casa y se dirigió a la plaza del Olmo, donde había un anciano que vendía miel. La plaza estaba casi vacía, pero el anciano ya había instalado su puesto.

María lo saludó vivazmente. Pero no obtuvo respuesta.

—Buenos días —insistió.

No eran imaginaciones suyas: el mercader estaba ignorándola deliberadamente.

—¿Lleváis cera en las orejas? —dijo ella con impaciencia—. Os estoy hablando.

Por fin, el hombrecillo le dirigió una mirada despectiva.

—Yo no trato con herejes.

—¿Herejes? ¿Dónde? —María fingió buscarlos debajo del puesto—. Como no los tengáis escondidos bajo la saya...

—¡Largo de aquí! —explotó el anciano.

—Sí, será mejor que me vaya. No vaya a ser que me peguéis la sordera o la memez.

—¡Fuera, deslenguada! ¡Fuera, fuera!

María se marchó sin la miel y con la sangre hirviendo. Llegó a la puerta Quemada de un humor pésimo... y este no mejoró al ver que Enoc ya estaba allí.

No se atrevió a hablar de lo que había pasado la tarde anterior. Enoc tampoco hizo comentarios al respecto y se limitó a hablar de los pacientes a los que debían visitar.

Uno de ellos era el artesano del primer día. Nada más entrar en sus aposentos, María notó que su color había mejorado notablemente. Además, sus encías habían dejado de sangrar.

Pero el hombre parecía de mal humor.

—Nabos —refunfuñó—. Me dan de comer nabos. Y cebollas. Como si fuese un pordiosero...

María tensó los músculos, pero no dijo nada. Tuvo la impresión de que el paciente no se alegraba tanto de verlos como la otra vez. Quizá Enoc también lo notó, porque cogió el dinero y salió prácticamente sin despedirse.

Los dos caminaron en silencio durante la mayor parte de la jornada. Cuando el sol empezó a declinar, el médico suspiró:

—Es hora de volver a casa.

María sintió una mezcla de alivio y decepción. Por un lado, temía que el joven mencionara lo ocurrido el día anterior; por otro lado..., le dolía que le concediese tan poca importancia.

Maldición, ¿desde cuándo ella se preocupaba tanto?

«¡Reacciona, María! —se dijo con impaciencia—. ¡Tú no eres así!».

—Mañana le quitaremos la venda a Catalina. —Enoc la sacó de su ensimismamiento—. Esperemos que todo haya salido bien.

—Esperemos —concedió ella—. Pensaba visitarla hoy mismo, pero, si vamos a quitarle la venda mañana, quizá espere.

Sí, podía esperar. Si Enoc no le daba importancia al beso, ella tampoco lo haría. Además, ni siquiera había podido comprarle nada a Catalina...

—¿Nos vemos junto a la puerta Quemada, como siempre?

—Claro.

Ya estaban en uno de los callejones que desembocaban en los muros de la

aljama. El sol poniente dibujaba un mosaico de luces y sombras en las paredes de las casas.

Entonces Enoc se detuvo.

—María...

Ella abrió la boca para contestar, pero no tuvo tiempo.

Su espalda chocó contra la pared. Sintió el calor de dos manos en su cintura y, momentos después, unos labios atraparon los suyos con delicadeza.

Oyó el suspiro ahogado de Enoc.

Oyó los latidos acelerados de su propio corazón.

«¿Qué está pasando...?».

—Ahora estamos en paz —murmuró el médico junto a su oído.

Entonces se separó de ella. Y, sin mirarla, se dirigió hacia la aljama.

María no se movió. Se quedó un buen rato apoyada en la pared, tratando de ordenar sus pensamientos y reprimiendo el impulso irracional de llamar a Enoc a gritos.

Capítulo 12

El cielo apenas clareaba cuando María acudió al encuentro de Pedro con una petición.

—¿Miel? —repitió el hombre con aire incrédulo—. ¿Quieres que compre miel para ti?

—Te pagaré —dijo María entre dientes.

Los dos estaban en la esquina de la calle de la Cuchillería. Pedro iba arrastrando dos sacos de cebada, pero se había detenido para hablar con la muchacha.

—Eso no es propio de ti —murmuró.

—¿Pagar, quieres decir?

—Bueno, eso tampoco. —Pedro sacudió la cabeza—. Pero me refería a pedir favores.

—Mira, yo ya fui a comprar miel a la plaza del Olmo, pero el idiota no quiso vendérmela. ¿Qué te cuesta ir tú? ¡Puedes quedarte con el dinero que sobre!

El hombre desvió la mirada.

—Lo siento, pero tendrás que pedírselo a otro.

—¿Por qué?

—Tengo que irme.

—¿Se puede saber qué te pasa, Pedro?

Pero Pedro ya estaba recogiendo sus sacos de nuevo y no contestó. María lo maldijo mientras se alejaba.

No obstante, Pedro no era el único que actuaba de forma extraña. En la calle de la Cuchillería todos parecían girarle la cara al verla; al principio, pensó que serían imaginaciones suyas, pero enseguida se dio cuenta de que también se oían cuchicheos a su paso.

—Podéis iros todos al Infierno —dijo entre dientes.

Su mal humor fue reemplazado por un nerviosismo inexplicable cuando llegó a la puerta Quemada. Enoc ya estaba allí, con la bolsa colgada del hombro, pero le daba la espalda.

Estaba leyendo algo que había escrito en el muro. María se detuvo a su lado y carraspeó.

—Buenos días —saludó el médico.

Cuando sus ojos se encontraron, María sintió un escalofrío. No había olvidado el beso del día anterior. Pero, si Enoc también lo recordaba, lo disimulaba a las mil maravillas.

—¿Qué pone ahí? —preguntó María, más por hablar de algo que porque le interesara realmente.

—Nada importante —dijo Enoc—. Vamos a ver a Catalina. Hoy le quitaremos la venda.

María y él se encaminaron hacia la calle de los Predicadores. Pero apenas llevaban unos minutos andando cuando Enoc frenó en seco.

Acababan de pasar junto al puesto de manzanas del Coso. Hoy el dueño tenía compañía: otros dos hombres charlaban con él. María recordaba vagamente haberlos visto trabajar como albañiles.

Los hombres parecían alegres, pero dejaron de sonreír cuando Enoc se puso a mirarlos.

—¿Algún problema? —Ladró uno de ellos.

—Vosotros diréis —respondió Enoc con tono cortante.

—¿Qué pasa, Enoc? —le susurró María.

Pero el joven la ignoró.

—Seguid vuestro camino —masculló uno de los albañiles.

—Lo seguiré si me viene en gana —dijo Enoc—. Pero antes quiero que repitáis lo que habéis dicho en voz alta, si tenéis valor.

María no entendía lo que estaba pasando, pero podía sentir el nerviosismo de aquellos hombres... y la rabia de Enoc.

El mercader levantó las manos y adoptó un tono conciliador:

—Ha sido un malentendido...

—Ni estoy sordo ni soy imbécil. Decidme, ¿tenéis agallas de repetir lo que habéis dicho antes?

—¡Ni siquiera era sobre vos! —farfulló el primer albañil.

Entonces Enoc descargó el puño sobre el puesto. La madera tembló y varias manzanas rodaron por el suelo, pero ninguno de los tres hombres movió un músculo.

El médico siseó:

—Si vuelvo a oíros rebuznar algo parecido, me encargaré personalmente de que no volváis a trabajar en toda vuestra vida.

Y, tras escupir en el suelo, cogió a María del brazo y reanudó la marcha.

Pero, cuando estaban a punto de doblar la esquina, a Enoc le cambió la cara.

Una pareja los observaba desde el otro lado de la calle. Ella era una muchacha joven, con los ojos azules y saltones y la barbilla hundida; él tenía los mismos ojos y la misma barbilla que su acompañante, pero era unos veinte años mayor.

Enoc inclinó la cabeza.

—Buenos días.

El hombre le devolvió el saludo, pero no parecía muy amistoso. La chica ni siquiera levantó la mirada del suelo.

El médico siguió su camino y María fue tras él. Se moría de ganas de hacer preguntas, pero no abrió la boca hasta que estuvieron en la calle de los Predicadores.

—Esto..., Enoc, ¿podrías explicarme...?

—No —la interrumpió él.

—No soy tonta, ¿sabes?

Enoc hizo ademán de dirigirse al portal de Marieta, pero la chica se interpuso en su camino.

—Quiero saberlo.

El joven la miró con desgana.

—Olvídalo.

Ella se impacientó:

—¿Cómo voy a olvidarlo? ¡Enoc, casi destrozas el puesto de ese hombre! No es propio de ti...

—¡Se lo merecía!

Volvía a estar furioso; se le notaba en la mirada.

María se puso de puntillas y le rozó la mejilla con el dorso de la mano.

—Si han dicho algo sobre mí, no me importa.

Enoc cerró los ojos un momento. Luego desvió la mirada.

Y puso su mano sobre la de María.

—Pero a mí sí.

María sintió que se quedaba sin aire al escuchar esas palabras. El tacto de Enoc le resultaba tan cálido como su mirada.

Apenas podía soportarlo, por lo que se apartó de él.

—Olvídalo —murmuró—. Si tuviésemos que preocuparnos por lo que dicen de nosotros, no tendríamos tiempo para vivir.

Enoc hizo ademán de responder, pero María se lo impidió:

—¡Vamos a ver a Catalina! Estoy impaciente por quitarle la venda.

Y se metió en el portal.

Catalina estaba instalada en el dormitorio de su prima. Marieta era viuda y las

dos habían estado durmiendo juntas todo ese tiempo. Marieta se había vestido, pero Catalina los recibió en camisón.

—No quiero vestirme hasta que no pueda escoger mi ropa —dijo a modo de disculpa—. El gusto de mi prima y el mío son bastante diferentes.

—¡Ay, Señor, Señor! —gimió Marieta—. ¿Y si Él no ha obrado el milagro?

Enoc ignoró sus lamentos y se sentó al borde de la cama. Después empezó a retirar la venda de los ojos a Catalina.

María se llevó las manos al corazón y rezó un avemaría, que era lo único que se sabía de memoria.

Cuando la venda cayó, la muchacha contempló los párpados cerrados de su amiga. Estaban tiernos y enrojecidos.

Pero entonces Catalina abrió los ojos. Y, casi al instante, se le llenaron de lágrimas.

—Dios mío...

—¡Ay, que se ha quedado ciega! —Se dolió Marieta—. ¡Ay, Señor, Señor...!

—Dios mío —repitió Catalina—. Dios mío, querido...

Extendió sus brazos regordetes hacia Enoc. El médico sonrió levemente y se dejó besar en la cara.

Después Catalina contempló a María.

—Había olvidado lo bonita que eres, tesoro. Ven aquí...

Las dos se abrazaron con fuerza. María oyó la voz sofocada de Marieta:

—Entonces, ¿Él le ha devuelto la vista?

—Si te refieres a Dios, no lo sé —bufó María—, pero Enoc lo ha hecho.

—Bendito sea... —Suspiró Catalina.

Ahora sus ojos ya no eran de aquel azul neblinoso, sino verdes y brillantes. María se dijo que hacía tiempo que no contemplaba nada tan hermoso.

—No puedo esperar a volver a la iglesia y ponerme a pintar —dijo su dueña con una sonrisa.

—Pero no vayas en camisón —bromeó María.

Enoc y ella se despidieron de las dos mujeres. Aún oyeron como Marieta le daba las gracias a Dios desde la escalera.

—¿No te molesta? —preguntó entonces María—. Que le den las gracias a Dios, digo. Tú has operado a Catalina, no Él.

—Hay quien cree que Él guía mi mano.

—¿Tú lo crees?

—Yo cada día creo menos cosas.

Enoc exhaló un suspiro. Ya habían salido a la calle de los Predicadores, que

estaba bañada de sol; María pensó que iba a ser un buen día... hasta que oyó los gritos:

—¡Se acerca el momento! ¡Pronto esos herejes y marranos tendrán que rendir cuentas ante Dios...!

María respiró hondo. Ya había visto a ese hombrecillo alguna vez: era un tipo cetrino y patizambo que vociferaba con gran entusiasmo. En torno a él se había reunido una pequeña multitud.

—¡Sus almas impías arderán en el fuego purificador! —estaba diciendo—. ¡Ahora se mezclan con nosotros, pero pronto estarán donde les corresponde: en el Infierno!

—Al infierno te voy a mandar a ti a patadas, imbécil —gruñó María. Algunas personas se giraron hacia ella—. ¿Alguien más quiere ir con él?

Sabía que se estaba buscando un problema, pero no le importaba. Estaba demasiado furiosa como para controlarse.

Entonces una voz conocida intervino:

—¡María! —Johan llegó renqueando y la saludó con gran entusiasmo—. ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Quién es tu amigo?

Sin perder la sonrisa, el mendigo tiró de la manga de Enoc hacia la iglesia.

—Venid, estábamos a punto de comer. Comeréis con nosotros, ¿verdad?

Los tres se alejaron del predicador, pero el eco de sus palabras aún resonaba en los oídos de María. Sabía que solo era un charlatán, que no suponía ningún peligro para ellos; en ese caso, ¿por qué no podía limitarse a ignorarlo?

Johan entró en el templo. María se disponía a ir tras él, pero Enoc se detuvo en la puerta.

Cuando la muchacha lo interrogó con la barbilla, él musitó:

—Quizá no debería entrar... No mientras esos tipos estén gritando ahí fuera. Podrían interpretarlo como un insulto.

Al ver que no lo seguían, Johan volvió a asomar la cabeza.

—Si lo preferís, comeremos fuera —dijo con amabilidad. Después se giró hacia la penumbra de la iglesia—. ¡Eh, vosotros! Hoy se come fuera. Venid, que vais a ver a María...

—¡Hola, María!

—¡Hola, hola!

—¿Quién viene contigo, María?

—¡María...!

El grupo de vagabundos los rodeó. Algunos tiraban de la ropa de Enoc y un par le metieron la mano en la bolsa, pero María los regañó. Por fin, todos se

dirigieron hacia el extremo opuesto de la calle, donde había una acequia.

—Hoy nos espera un festín —anunció Johan—. La Madrina Salinas ha estado aquí y nos ha dado limosna. Acercaos, amigos...

—¿La Madrina Salinas? —preguntó Enoc con interés—. He oído hablar de ella. Dicen que es la mejor partera de Zaragoza.

—Eso dicen, sí —contestó Johan con la boca llena. Después ofreció un poco de pan tierno a María y Enoc—. Comed, comed. Hablaremos mejor con el estómago lleno.

Capítulo 13

La Madrina Salinas había sido generosa: la comida de los mendigos consistió en pan caliente, cebollas asadas, queso y melocotones.

Al principio, María vio que Enoc vacilaba: seguramente, se sentiría culpable por aceptar la hospitalidad de unas gentes que apenas podían permitirse el lujo de comer una vez al día. Pero María le susurró:

—No rechaces su invitación. Necesitan su orgullo casi tanto como la comida.

Le ofreció un melocotón a medio pelar. Enoc terminó de quitarle la piel y le dio un mordisco, pero luego se lo devolvió.

Mientras compartían la fruta, María descubrió que no podía quitarle los ojos de encima.

«¡Qué tonta eres! —pensó—. ¡Tonta, tonta, tonta!».

—Oye, María. —Johan la devolvió a la realidad—. No te conviene meterte con los predicadores. A nosotros también nos molestan, pero...

—¡Ya lo creo que nos molestan! —saltó un mendigo anciano y desdentado—. ¡Dice que las prostitutas y nosotros ensuciamos la ciudad y que deberíamos marcharnos!

—¡Que se vaya él! —terció un muchacho harapiento—. ¡Nosotros no hacemos nada malo!

—Ni las prostitutas —asintió el anciano—. Pobrecillas, ¿qué culpa tienen? La culpa es de los que las explotan. A esos tendría que perseguir la Inquisición, no a nosotros...

—«Esos» y la Inquisición son los mismos —dijo Johan con tono sombrío—. Todos conocemos los pecados de quienes dicen perseguirlos.

María intervino:

—Mientras el odio no sea un pecado capital, ningún otro me parecerá tan terrible como para merecer el Infierno.

Los vagabundos le dieron la razón. Entonces Johan señaló a Enoc con el dedo.

—Tú eres judío —dijo sin rodeos—. Y dicen que nuestro Dios no quiere que nos juntemos contigo. Pero yo veo a Dios en el sol que ahora mismo brilla sobre nuestras cabezas, en el delicioso pan con manteca que hemos comido y en las risas de los amigos. Y no creo que esté disgustado. Si no, ¿por qué nos ha

regalado esta reunión tan agradable? —El hombre sacudió la cabeza—. No sé qué pensará tu dios, pero el mío parece de un humor excelente.

Enoc inclinó la cabeza.

—No sé qué pensará Yavé —admitió—, pero yo acepto vuestra amistad y os doy la mía.

María no se dio cuenta de que estaba sonriendo hasta que Johan le dio un codazo. Entonces sacudió la cabeza y se levantó.

—Gracias por todo —les dijo a los mendigos—, pero tenemos que irnos antes de que anochezca.

—¡Hasta pronto! —se despidió Johan.

—¡Hasta la vista! —dijeron los demás.

Cuando María y Enoc estuvieron lejos de la acequia, el médico susurró:

—El dinero que me robaste...

—¿Aún me guardas rencor por eso? —bromeó María.

Pero Enoc estaba serio.

—Se lo diste a ellos.

No se lo estaba preguntando.

—¿Cómo lo sabes? —Se sorprendió María.

Pero el joven no respondió. Había algo extraño en su mirada, algo parecido a... ¿admiración?

No, no podía ser. María se lo estaba imaginando.

—Me robaste para dárselo a ellos —murmuró Enoc—. Dios mío...

—Me quedé con un real —gruñó María—. Tampoco soy tan generosa.

Pero Enoc seguía mirándola con la misma intensidad. Y estaban llegando al callejón del día anterior.

María se puso nerviosa:

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras de ese modo?

—Si no lo sabes, estás ciega.

—Prefiero estarlo.

—¿Por qué me besaste?

Esa pregunta la desarmó.

—No lo sé —confesó—, pero me arrepiento muchísimo.

Enoc se detuvo bruscamente.

—¿Por qué?

—¿Es que no te das cuenta?

—¿De qué?

María estalló:

—¡Por el amor de Dios, mírame! ¡Soy una ladrona piojosa! Y encima soy cristiana. —Apretó los dientes—. Ni siquiera deberías dirigirme la palabra.

Enoc tragó saliva.

—Yo no veo nada de eso —dijo con voz ronca—. Yo veo a una mujer valiente y generosa que se arriesga por los demás.

María oyó sonar las campanas de la catedral de San Salvador.

—Tienes que irte —suspiró.

Pero Enoc sacudió la cabeza.

—No. No hasta que no seas capaz de verte como yo te veo.

—Sé perfectamente quién soy. —La voz de María tembló peligrosamente—. Mi propia familia me despreciaba, así que me fui de casa. Soy lo que he elegido ser... y pertenezco a un mundo que no es el tuyo, el mundo de los marginados. Esa es mi gente ahora.

La muchacha cerró los ojos. Si seguía hablando, se derrumbaría.

Jamás se había arrepentido de su decisión. Jamás había lamentado escapar a Zaragoza, renunciar al techo que le ofrecía su familia a cambio de libertad. Pero Enoc no podía fingir que no existía una brecha entre los dos.

Los separaban la religión y el dinero. Y eran dos obstáculos insalvables.

El joven inspiró profundamente.

—Yo también sé quién eres, María de Zaragoza. Y no pienso darle la espalda a tu mundo nunca más.

—Olvídalo. No puedes entrar en él.

Enoc dio un paso al frente y le levantó la barbilla. Sus ojos echaban chispas.

—¡Ya he entrado! ¡Y no puedes echarme tan fácilmente!

La besó casi con furia. María gimió, pero se dejó llevar; por una vez, se sentía demasiado débil como para resistirse.

Enoc le acarició la melena sucia. Ella le echó los brazos al cuello...

Y entonces una sombra se cernió sobre los dos:

—¡Alto ahí!

María y Enoc se separaron de golpe. Frente a ellos había tres encapuchados; uno de ellos llevaba una antorcha en la mano.

Por primera vez, la muchacha se dio cuenta de que el callejón estaba en penumbra.

El sol ya se había puesto.

—¿Qué haces fuera de la aljama, judío? —escupió uno de los encapuchados—. ¿Es que no conoces las normas?

—Y con una ramera... —dijo el que llevaba la antorcha—. Repugnante.

Enoc puso a María detrás de él.

—¿Quiénes sois y qué queréis?

—Ayudamos al Santo Oficio a limpiar esta ciudad. Parece que esta noche tenemos trabajo...

Enoc hizo ademán de responder, pero María vio el brillo del puñal a la luz de la antorcha y lo apartó de un empujón.

Después blandió su propio cuchillo.

—¡Atrás! —gritó.

El hombre de la antorcha rio.

—¡Mirad a la puta! ¿Cree que puede con tres de nosotros?

María tenía el corazón desbocado, pero sostuvo la mirada torva del encapuchado.

—No puedo con los tres —dijo con aspereza—. Pero, si nos atacáis, me llevaré a uno de vosotros al Infierno. —Los miró alternativamente y movió el cuchillo—. ¿Quién será?

Uno de los hombres retrocedió involuntariamente. El de la antorcha escupió a sus pies.

—Apártate, ramera. Esto no va contigo.

—Vete, María —le dijo Enoc entre dientes—. Puedo arreglármelas.

No, no podía. Enoc era alto y fuerte, pero lo más parecido a un arma que llevaba era el cuchillo con el que operaba la vista. Si María le dejaba solo, esos hombres le harían pedazos.

—¿Y bien? —insistió ella—. ¿Queréis que corra la sangre o no?

El hombre de la antorcha dio un paso al frente, pero uno de sus compañeros le puso la mano en el hombro.

—Quieto —susurró.

Después se dirigió a María:

—Largo de aquí. Si volvemos a ver al judío fuera de la aljama después del anochecer, lo destriparemos como a un cerdo.

María no respondió a la provocación y empujó a Enoc hacia el otro extremo del callejón. Ella retrocedió sin soltar el cuchillo ni dar la espalda a los encapuchados.

Cuando llegaron a las puertas de la aljama, Enoc le tendió la mano a María.

—No vuelvas sola.

—No te preocupes por mí. Ya has visto que sé cuidarme.

Pero el joven sacudió la cabeza.

—No, ven conmigo. Por favor.

—¿A tu casa...? —María resopló—. Enoc, no debo...

—No me obligues a suplicártelo.

Sus miradas se cruzaron en la oscuridad.

Durante un momento, ninguno de los dos dijo nada. María oyó a lo lejos pisadas apresuradas, gritos y ladridos de perro.

Finalmente, suspiró:

—Está bien.

Y aceptó la mano de Enoc.

Capítulo 14

La Casa del Espino olía a ceniza y especias. Enoc había echado los postigos y encendido el fuego de la cocina; María se había instalado frente al hogar, sobre unas pieles mullidas y abrigada por una manta de lana, mientras el médico preparaba la cena.

Al cabo de un rato, él se sentó a su lado con un plato de pan ácimo, salsa de hierbas y queso.

—No es gran cosa —se disculpó.

—Es más que suficiente. —María mojó el pan en la salsa y se lo metió en la boca—. Gracias.

Enoc le sonrió brevemente, pero enseguida miró hacia otro lado. Durante unos minutos, ninguno de los dos dijo nada.

Entre el agradable calor y el crepitar del fuego, María estaba empezando a quedarse dormida. Creía ver dibujos en las llamas y pensaba que le gustaría danzar con ellas; hacía siglos que no bailaba al son de la música, pero quizá en el equinoccio de primavera pudiese hacerlo...

—Te has jugado la vida por mí.

La voz de Enoc la sacó de su ensimismamiento.

—No ha sido para tanto. —Bostezó ella—. No es la primera vez que amenazo a alguien, ¿sabes?

—Pero lo has hecho para protegerme.

—Sí, supongo.

El joven se puso rígido.

—María, no te equivoques: no te he traído a mi casa con malas intenciones.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Lo sabes de sobra —farfulló él—. Después de todo, soy un hombre...

—Bueno, no lo tengo tan claro. Nunca he mirado entre tus piernas.

Enoc la miró con una mezcla de vergüenza y reproche.

—¿Podemos hablar en serio?

—Sí, claro. Intentas decirme que no me has traído a tu casa para poseerme salvajemente sobre las pieles de la cocina, ¿verdad?

El joven se llevó las manos a la cara.

—¿Por qué haces esto?

—¿A qué te refieres exactamente?

—Antes, en el callejón, he sentido que todo esto te importaba... y ahora bromeas como si nada.

María evitó mirarlo directamente.

—Si con «todo esto» te refieres a los tres besos tontos que nos hemos dado, no tienen mayor importancia...

—¿Para ti han sido tres besos tontos? Porque para mí no.

El corazón de la muchacha se encogió al escuchar esas palabras.

Tenía que controlarse. Si no lo hacía...

—No me dirás que te has enamorado de mí...

El silencio de Enoc le provocó un dolor sordo en el pecho.

No. No, no, no.

—O mientes o eres estúpido.

Enoc apretó los dientes.

—Acepto que me rechaces —siseó—, pero prefiero que no me insultes. No es necesario.

La pena de María fue sustituida por una rabia intensa.

—No te equivoques, Enoc: te estaría rechazando si tú me hubieses pedido matrimonio o algo parecido. Pero, dado que solo estás diciendo tonterías...

—¿Matrimonio? —la interrumpió él con brusquedad—. ¿Tú querrías casarte conmigo?

—¡Al Infierno con lo que yo quiera! —estalló María—. ¡Lo que yo quiera no importa! ¡Te recuerdo que somos un judío y una cristiana, un médico y una pordiosera! ¡Ni siquiera deberíamos estar hablando!

—Me gustaría ver quién puede impedirnoslo...

—¡Yo puedo!

—¿Y por qué no lo haces? —Enoc levantó la barbilla—. Si tanto te irrita todo esto, ¿por qué no le pones fin?

María se arrodilló con los puños apretados. Se encaró con Enoc y respiró hondo un par de veces.

—Porque no puedo —murmuró.

El primer beso fue ansioso. Enoc ahogó un gemido de asombro, pero no se resistió; María se sentó en su regazo y empezó a devorarlo. Cuando lo oyó gemir por segunda vez, entreabrió los ojos y lo espío: tenía las mejillas encendidas y su boca parecía pedir más besos.

María perdió el control.

Enoc no protestó cuando le arrancó la túnica. Tampoco cuando lo empujó para tumbarlo en el suelo ni cuando contempló con deseo su cuerpo desnudo. Tenía el pecho amplio, los brazos fuertes y las piernas largas, y la piel clara y cubierta de vello oscuro.

—Definitivamente..., eres judío —dijo ella con voz sofocada.

—Vaya, has mirado bien —rio Enoc entre dientes.

Volvieron a besarse y María se colocó encima de él. El simple roce de su cuerpo le provocó un estremecimiento.

Los labios del joven seguían sobre los suyos, calientes y anhelantes.

La muchacha empezaba a notar una humedad insoportable entre las piernas.

—E-Enoc... —tartamudeó—. Si quieres parar, es el momento...

Por toda respuesta, él empezó a desnudarla.

Cuando María sintió su aliento entre los senos, supo que ya no iba a detenerse. Ya no.

«Dios mío —rezó en silencio—, perdóname».

El fuego se apagó. Pero ninguno de los dos se dio cuenta.

Capítulo 15

Las primeras luces del día proyectaron la sombra de María en la calle del Espino. La joven cerró la puerta en silencio; después echó a andar de puntillas.

Había dejado a Enoc dormido junto a las cenizas del hogar. Antes de salir, le había besado los párpados y la boca, pero él no se había despertado.

Mejor.

La aljama aún dormía. María recorrió la calle de la Argentería, en la que solo había un artesano instalando su puesto, y se dirigió hacia la Sinagoga Mayor. El hombre clavó sus ojos azules en ella, pero la muchacha fingió no darse cuenta; no tenía ganas de encontronazos a esas horas de la mañana..., especialmente, después de la noche que había pasado.

El perfil oscuro de la sinagoga se recortaba contra el cielo gris. Se oyó un trueno a lo lejos; momentos después, empezó a llover.

Entonces María echó a correr.

No escapaba de nadie, solo de sí misma. Sus pies volaban por los callejones, sorteando obstáculos y esquivando a los más madrugadores; para cuando llegó a su destino, la chica estaba casi sin aliento.

La catedral de San Salvador parecía tan negra como la sinagoga, pero allí sí podía entrar. El interior del templo estaba fresco y oscuro, pues aún estaban encendiendo las velas. María se santiguó rápidamente y se dirigió hacia la capilla de santa María.

El heno que cubría el suelo se le pegó a los pies mojados, pero no le importó. La talla de María la contemplaba desde su atalaya, con el Niño en las rodillas y la mano levantada en señal de bendición.

La muchacha hundió la rodilla en el heno y agachó la cabeza.

—Ave María Purísima... —empezó a rezar.

Pero entonces levantó la cabeza y se encontró con los ojos vacíos de la Virgen. Y supo que necesitaba algo más que un avemaría para conmoverla.

—Querida María —susurró—, sé que no vengo a verte a menudo, pero necesito sincerarme con alguien y tú eres buena con todos, incluso con los granujas como yo. Así que voy a hablarte desde el corazón.

Volvió a mirar la talla. Esta vez, su expresión le pareció apacible.

Eso le dio ánimos para continuar.

—Ni siquiera sé si estás ahí —murmuró—. ¿Por qué ibas a estarlo? Yo apenas vengo por aquí. Pero no te equivoques: no es que no crea en ti. Creo en Él y en ti, profundamente.

María hizo una pausa.

—Pero no creo en nada más —dijo con voz apagada—. No creo en el diezmo que empobrece a los que ya son pobres ni en las bulas con las que los ricos compran su entrada en el Paraíso. No creo en quienes torturan a sus hermanos en el nombre de Dios ni en quienes los condenan a la hoguera. No creo en nada de eso, María; por eso no te visito tan a menudo como me gustaría. Pero te llevo en el corazón, por eso te pido que me guíes ahora.

El capellán se acercó discretamente. Era un hombre grande y torpón, pero no pareció molesto al ver a María. Encendió un par de velas y se alejó; mientras tanto, María aprovechó para ordenar sus ideas.

—Querida María, yo... no soy buena. —Tragó saliva—. Me fui de casa sin permiso. He robado bolsas y he estafado a pobres incautos. Me he emborrachado, me he metido en peleas y me he revolcado en unos cuantos pajares. Y ni siquiera me he arrepentido como Dios manda. Sin embargo...

María miró de reojo a la Virgen, pero nada en sus toscos rasgos de madera reveló desaprobación o disgusto. En verdad, santa María parecía... ¿divertida?

La muchacha también reprimió una sonrisa y suspiró:

—Sin embargo, te juro que no he sido egoísta, o no del todo. Me fui de Tarazona porque era lo mejor para mi madrastra, la mujer a la que más he querido nunca. Nunca he robado a los pobres, solo a los ricos; y nunca se lo he dado a los ricos, solo a los pobres. Y yo he preferido comer potaje y vestir harapos que quedarme con un maravedí de más. No soy codiciosa y, si pudiese permitirme algún lujo, los aborrecería de todas formas.

María volvió a suspirar.

—Te preguntarás por qué te cuento todo esto. Verás... —La chica se rascó la cabeza—. Sé que las cosas malas que he hecho, como robar y todo eso, no son demasiado graves. Creo que Dios y tú sois lo bastante generosos como para perdonarme. ¡Y, sin embargo, esta noche he hecho algo que se supone que es imperdonable...!

María golpeó el heno con irritación.

—¿Qué tiene de malo? Por mucho que lo intento, no soy capaz de verlo. Yo... le quiero. —Respiró hondo—. ¿Se supone que debería arder en el Infierno por eso? ¿La gente que odia no condena su alma, pero yo he condenado la mía por...

amar?

María levantó la cabeza.

—Pues no me parece justo. Lo siento, pero no. ¿Por qué está bien que los cristianos y los judíos nos odiamos, pero no que nos amemos? Tu propio hijo dijo que debíamos amar a nuestro prójimo. Y mi prójimo son también los judíos, los musulmanes y los pobres. Mi prójimo son todos aquellos que, a su manera, tratan de ayudar a los demás. De hacer que el mundo terrenal se parezca un poco al celestial con sus buenas obras. ¿Acaso no es eso lo que quiere Dios, María?

La Virgen parecía contener la respiración. María se preguntó si la habría ofendido o si, sencillamente, la estaba escuchando con interés.

—Querida María —murmuró entonces—, nunca te he pedido nada para mí ni voy a hacerlo ahora. Pero, si está en tus manos hacer que cristianos, judíos y musulmanes podamos ser hermanos de nuevo..., te ruego que lo hagas, por favor.

La muchacha se santiguó. Después se levantó y abandonó la capilla.

Capítulo 16

María salió de la catedral en silencio. Se sentía más tranquila después de aquella breve oración a la Virgen; ahora tenía que volver a la Casa del Espino para reencontrarse con Enoc. Si él despertaba y no la veía, podía pensar que lo había abandonado...

Pero, cuando se disponía a emprender el camino de regreso a la aljama, su estómago protestó con energía.

La muchacha decidió comprar algo de comida antes de volver. Además, podría compartirla con Enoc. En verdad, era muy cómodo no tener que robar lo que necesitaba...

Se dirigió a un puesto de obleas y les echó el ojo a unas galletas de nuez; pero, cuando intentó preguntar el precio, la dueña le dio la espalda.

—¿Señora? —preguntó María con frialdad.

Pero ella no se volvió.

María fue al puesto de al lado, donde vendían hortalizas. Quiso comprar un puñado de zanahorias, pero aquel mercader también fingió no escucharla.

La joven no lo comprendía. Llevaba casi diez años malviviendo en la calle de la Cuchillería y todos los comerciantes la conocían. Con unos se llevaba mejor que con otros, pero ninguno le había hecho el vacío jamás.

Demasiado perpleja como para enfurecerse, quiso ir al encuentro de Pedro pero, cuando este la vio venir, se escabulló entre la multitud.

María se quedó helada. Pedro ya se había mostrado frío con ella las últimas veces, pero ¿iba a ser capaz de ignorarla? ¿Después de tantos años siendo *socios*?

Volvió a la aljama con el estómago vacío y un mal presentimiento.

Un mal presentimiento que se convirtió en una certeza cuando empezó a sentirse observada.

«Esto ya no son imaginaciones mías —se dijo con inquietud—. Tanto en la parroquia de San Salvador como en la aljama me están vigilando. ¿Por qué?».

Se sintió aliviada de llegar a la calle del Espino..., pero entonces descubrió que la casa del médico estaba cerrada a cal y canto.

—¿Enoc? —llamó mientras hacía sonar la aldaba—. ¡Enoc, soy yo...!

—¿A quién buscas?

María se giró bruscamente y se encontró con unos fríos ojos azules.

Era el mismo hombre con el que se había cruzado por la mañana. Estaba segura de que lo había visto antes, pero ¿dónde? ¿Cuándo?

El hombre iba acompañado de un pequeño grupo de judíos. Entre ellos había hombres y mujeres, y todos tenían algo en común: su forma de mirar a María.

—Busco al médico —dijo ella con aspereza.

Algunos judíos intercambiaron miradas y cuchicheos, pero aquel hombre no dejaba de observarla.

—¿Para qué?

Por fin, María reaccionó.

—¿Vos sois...? —preguntó con tono burlón.

—Isaac de Andújar.

—Dado que no nos conocemos, Isaac de Andújar, mis asuntos no os incumben.

La Casa del Espino seguía en silencio. María comprendió que Enoc habría salido e hizo ademán de volver sobre sus pasos...

... pero Isaac de Andújar le cortó la retirada.

—No queremos prostitutas en la aljama.

—Ese es vuestro problema.

—No me has entendido, ramera —dijo el hombre con calma—. O te vas sola o te sacamos a rastras.

María reprimió su cólera y escupió:

—Son tiempos extraños, ¿verdad? Las prostitutas salimos de nuestros burdeles y los cerdos salís de vuestras pocilgas.

Isaac de Andújar se dirigió a los demás:

—¡Además de puta, descarada!

—¡Ha seducido al médico y encima se burla de nosotros! —rugió un hombre.

—¡Fuera de la aljama, ramera! —chilló una mujer.

María nunca se había considerado un ejemplo de castidad, pero tampoco se había visto rodeada de una muchedumbre que la insultaba. La ira era una buena coraza, pero no era infalible.

Se dio cuenta de que no sabía qué hacer. ¿Sacaba el cuchillo y se defendía, como había hecho con los encapuchados que amenazaban a Enoc? ¿Agachaba la cabeza y se marchaba de la aljama entre maldiciones?

Sintió algo viscoso en el cuello y comprendió que alguien le había lanzado un escupitajo.

Ella también escupió.

—¡Qué cómodo es atacar en grupo! —se mofó—. ¿Por qué no venís de uno en uno...?

Pero sus palabras quedaron ahogadas por los gritos de indignación. Alguien la empujó y otra persona le tiró del pelo; por un momento, María creyó que la arrastrarían por la calle del Espino...

... pero entonces alguien acudió en su ayuda.

—¡Parad! —gritó una voz infantil—. ¡Yo la conozco! ¡Es mi amiga!

El pecho le tembló a María. Galit se abrió paso a codazos entre la multitud; cuando la localizó, le rodeó la cintura con los brazos.

—Venid conmigo —dijo en voz baja.

—¡Le diré a tu abuelo que te dé unos azotes, Galit! —bramó Isaac de Andújar—. ¡Yo mismo le prestaré mi cinturón!

Pero la niña ya estaba tirando de María en dirección contraria.

Capítulo 17

Galit condujo a María hasta un callejón que olía a meados. Comprobó que no hubiese nadie cerca, se encaramó a un muro bajo de adobe y dijo:

—¡Seguidme!

A María le temblaban las manos, pero hizo caso a Galit. La niña trepó por el muro, se subió a un tejadillo y llegó hasta el alféizar de una ventana.

A María le costó un poco comprender que habían rodeado la Casa del Espino.

—Menos mal que Enoc no ha echado los postigos —comentó Galit.

Se colaron por la ventana de la cocina. El fuego estaba apagado y las pieles, revueltas; pero no había ni rastro de Enoc ni de su ropa. Era como si hubiese salido a toda prisa.

—¿Sabéis dónde está mi hermano?

María se giró para mirar a Galit. La niña estaba cerrando los postigos, pero pudo distinguir su expresión preocupada en la penumbra.

—No.

—Yo sí —dijo ella con voz grave—. Está siendo juzgado por el Bet Din.

—¿El tribunal de los judíos? —preguntó María con tono incrédulo—. ¿Por qué?

Galit desvió la mirada.

—Porque ha metido a una cristiana en su casa. Y porque...

Entonces María lo comprendió.

—Porque se ha acostado con ella —farfulló—. Isaac de Andújar me ha visto salir de aquí por la mañana...

— ... y se lo ha contado a todo el mundo —asintió Galit.

—No solo en la aljama —dijo María con desaliento—. También les ha ido con el cuento a los mercaderes cristianos.

—Os dije que su familia era de buena cuna.

—Pero ¿por qué la ha tomado conmigo?

—También os lo dije: quiere que Enoc se case con su hija...

—¡Pues que ella se gane su corazón! —estalló María—. ¡Los ricos creen que pueden comprar cualquier cosa, pero el amor de los demás está fuera de su alcance...!

Sus palabras se quebraron con un sollozo. Se dejó caer sentada en las pieles y lloró. No le importaba hacerlo, pues solo Galit podía verla.

La niña se sentó a su lado con timidez. María hubiese querido decirle algo, pero el llanto le impedía articular palabra. Por su cabeza pasaban decenas de imágenes: la gente de la parroquia dándole la espalda, los misteriosos encapuchados acosando a Enoc, los judíos de la aljama insultándola a ella..., Enoc desnudo a la luz del fuego...

¿Por qué no se olvidaban de ellos?

Notó que Galit le apoyaba la cabeza en el hombro. Y ese gesto de cariño le permitió tranquilizarse un poco.

—Así que a Enoc lo están juzgando —balbució— y yo soy la ramera más odiada de Zaragoza.

—No sois una ramera —protestó Galit.

—Eso díselo a la gente...

—Se lo diré todas las veces que haga falta.

María se secó los ojos y contempló a la niña. Su expresión decidida le provocó una oleada de gratitud... y otra de miedo.

—No, Galit. Tú debes mantenerte al margen. No quiero que te azoten... o algo peor.

—Yo soy valiente. Como vos.

—No sigas mi ejemplo —bufó la muchacha—. Ya ves lo bien que me va.

—Vos queréis a mi hermano, ¿no es cierto? Y él os quiere. Mucha gente vive y muere sin querer ni ser querida, así que yo diría que os va bastante bien.

—Pero debo alejarme de Enoc. —María se llevó las manos a la cara—. Si no lo hago, solo tendremos problemas.

Galit se apartó de ella.

—¿Vais a abandonarlo? —preguntó con aspereza—. ¿Seréis capaz?

—Si lo hago...

—Si lo hacéis, le romperéis el corazón.

—¿Qué sabrás tú? ¡Solo eres una mocosa!

—¡Sé lo que él ha dicho en el Bet Din! —protestó Galit—. No se me permite asistir a los juicios, pero sé cómo colarme en el castillo sin ser vista. He estado escuchándolo durante un rato y después he ido a buscaros.

—¿A buscarme? —se sorprendió María. Entonces cayó en la cuenta de algo—. ¿Cómo sabíais que estaría en la Casa del Espino?

—He pensado que, si mi hermano os importaba, iríais a su encuentro. Y, conociendo a Isaac de Andújar —añadió con tono lúgubre—, imaginaba que él

estaría esperándoos.

María contempló los ojos oscuros de la niña y sintió admiración. Galit no parecía darse ninguna importancia..., pero la había rescatado de aquella turba.

—Gracias, Galit —dijo con voz ahogada—. Gracias por ayudarme.

Ella sonrió levemente.

—¿Cómo no voy a ayudar a la única persona que me considera su igual? Si no nos ayudamos entre nosotras, nadie más lo hará.

La niña le tendió las manos. María las cogió con cuidado.

—¿Podéis hacerme un favor? —preguntó Galit entonces.

—Lo que sea.

—Esperad a mi hermano.

María se mordió el interior de la mejilla, pero la niña insistió:

—Hagáis lo que hagáis, no desaparezcáis sin más. Enoc no se lo merece, no después de lo que ha dicho en el Bet Din...

—¿Qué ha dicho?

—¿De verdad necesitáis que os reproduzca sus palabras? ¿No lo conocéis lo suficiente como para saber lo que diría si alguien se atreviese a atacaros?

La joven tragó saliva.

Entonces recordó cómo Enoc había derribado el puesto de manzanas del Coso. Y ató cabos.

—Es verdad —susurró—, no necesito que me lo cuentes.

—¿Lo esperaréis, entonces?

María le soltó las manos a Galit.

Durante un momento, las dos se quedaron calladas, mirando el fuego apagado. Finalmente, María empezó a limpiar las cenizas del hogar.

—Lo esperaré —prometió.

Capítulo 18

La cerradura empezó a girar momentos después de que María oyese el lejano tañido de las campanas de San Salvador.

Llevaba todo el día esperando a Enoc. Había encendido el fuego y preparado un potaje con lo que tenía a mano: lentejas, zanahorias y un poco de huevo duro. También había calentado vino y lo había especiado.

Cuando oyó los pasos de Enoc en la escalera, se incorporó y aguzó el oído.

Enseguida notó que algo no iba bien. Las pisadas eran lentas y pesadas, como si el médico estuviese arrastrando los pies.

María hizo ademán de dirigirse hacia la puerta... y, en ese instante, Enoc apareció en el umbral.

La muchacha ahogó un grito:

—¡No!

El joven le dirigió una mirada sombría. Se había quitado la túnica y la llevaba arrugada en las manos. También estaba mortalmente pálido.

A sus pies había un charco oscuro.

—No me mires así —dijo con voz ronca—. Por favor.

Dio un paso al frente para entrar en la cocina, pero perdió el equilibrio y María tuvo que sujetarlo.

Entonces lo vio.

—Dios mío... —gimió—. Dios mío, ¿qué te han hecho?

Enoc gruñó:

—Podría haber sido peor. Voy a tumbarme en las pieles...

El joven se dejó caer boca abajo con un suspiro. Cuando el fuego iluminó los cortes de su espalda, María tuvo que hacer un gran esfuerzo por mantener la calma; debían de haberle dado más de veinte azotes.

«¿Esto es por mi culpa?», estuvo a punto de preguntar.

Pero comprendió que así no ayudaría a Enoc. Y solo dijo:

—Voy a por agua fría. Te aliviará el dolor.

—Prepara también una infusión de ajo, tomillo y corteza de abedul —murmuró él—. Pero, por lo que más quieras, enfríala antes de aplicármela...

María se puso manos a la obra. Agradecía tener algo con lo que distraerse.

Enoc debía de estar pensando lo mismo.

—¿Cómo has entrado? —preguntó.

—Por la ventana. Galit me ha guiado.

El joven dejó escapar un pequeño bufido.

—Podríais haberos abierto la cabeza.

—Pero no lo hemos hecho.

—Afortunadamente.

María terminó de preparar la infusión y la dejó enfriar. Cuando estuvo lista, cogió un puñado de vendas de la bolsa de Enoc y las humedeció cuidadosamente.

—Te va a doler —advirtió.

—No me digas.

María le acarició los rizos. Después empezó a curarle.

—¿De qué se te acusaba?

Él farfulló:

—De unas cuantas cosas, me temo. Pero podemos resumirlo en fornicación.

—¿Y te han azotado por eso?

—Si fuese una mujer, tal vez me hubiesen apedreado. Supongo que puedo considerarme afortunado.

La muchacha recordó la expresión cruel de Isaac de Andújar y sintió un escalofrío. Pero hizo un esfuerzo y lo disimuló.

—Si fuese judía, podríamos llegar a un acuerdo, ¿verdad? —suspiró—. Podríamos casarnos...

—Pero no puedo casarme con una cristiana. No mientras sea judío.

—Eso ya lo sé, solo estaba pensando en voz alta...

Enoc la interrumpió:

—No quiero ser judío.

Lo dijo sin enfado. Sin tristeza.

Con una frialdad abrumadora.

—No quiero ser judío —repitió—. Voy a convertirme al cristianismo.

—¿Te has vuelto loco? —tartamudeó María—. Será tu ruina...

—Si no me convierto, lo será de todas maneras. —Enoc hizo una mueca de dolor—. Lo he pensado y he tomado una decisión. Si fuese cristiano, podría casarme contigo... y eso es exactamente lo que pienso hacer.

—No.

Sus ojos se encontraron. Los de Enoc se habían abierto por el asombro; los de María luchaban por no llenarse de lágrimas de nuevo.

—Has vivido veinte años sin mí y te ha ido bien —dijo ella—. No tienes por qué echarlo todo a perder ahora. Además, yo también he tomado una decisión.

—¿De qué hablas?

—Te he esperado aquí porque tu hermana me ha convencido, pero quería decirte algo.

—¿Qué?

—Se acabó.

—¿Se acabó?

—¡Por el amor de Dios, Enoc, piénsalo! —María se frotó la cara con impaciencia—. ¿Crees que voy a dejar que te conviertas al cristianismo para que te llamen marrano? No sabré leer, pero no soy tonta: sé lo que dicen de los judeoconvertos. Sé las pintadas que han aparecido cerca de la aljama y sé por qué hay encapuchados patrullando la ciudad.

—No seas tan pesimista. Alonso de la Caballería es judeoconverso y nadie se atreve a meterse con él.

—Alonso de la Caballería es rico y poderoso. Tú eres médico y tu amante es una prostituta.

—Eso no es...

—¿No es cierto? —se burló María—. Dime, ¿a quién le importa que lo sea o no? La gente lo dice y eso es lo que cuenta. Si te conviertes, te llamarán marrano y te perseguirán. Ya oíste a los tipos de la otra noche; Zaragoza cada vez es menos segura para la gente como tú. Y, si ni siquiera tienes el apoyo de los tuyos...

—¡Los miembros del Bet Din no son «los míos»! —protestó Enoc—. ¡Ni tampoco Isaac de Andújar! ¡Tú eres de «los míos» más que nadie!

María no sabía qué deseaba más, si besarle o zarandearlo.

—¿Sabes cuál es el castigo del Santo Oficio por fingir que eres cristiano cuando sigues siendo judío? —masculló—. Ellos lo llaman *judaizar* y proponen dos soluciones: la tortura o la hoguera. ¡No voy a dejar que ese sea tu destino!

—¡Por desgracia para ti, mi destino lo elijo yo!

—¡Entonces, no pienso casarme contigo! ¡Por muy cristiano que seas!

Enoc golpeó el suelo con los puños.

—¿Es que no lo entiendes? ¡Solo quiero encontrar una forma de que nos dejen en paz!

María se abrazó a sí misma.

—No la hay, Enoc. El problema no son los cristianos ni los judíos: el problema son los que, con el pretexto de acatar las órdenes de un dios u otro,

intentan gobernar nuestras vidas. Y de esos hay en todas partes. Pasaría lo mismo si fuésemos un cristiano y una musulmana, o un musulmán y una judía; el problema no es la religión, son las malas personas que la utilizan como excusa. Y contra ellos no tenemos nada que hacer.

Entonces Enoc se incorporó con dificultad.

—¿Puede que tú te hayas rendido, María, pero yo no!

—¿Qué haces, tonto? ¡Túmbate ahora mismo?

—¡No!

El joven seguía pálido, pero parecía sereno.

En ese momento, María lo odiaba:

—¡Túmbate! ¡Túmbate o te tumbo a bofetadas!

Enoc esbozó una sonrisa burlona.

—Adelante, hazme lo que te plazca. Sabes que puedes. —Giró la cara para enseñarle la mejilla—. Cuando quieras.

María apretó los puños.

—¿No ibas a golpearme...? —resopló Enoc.

—Te merecerías que lo hiciera...

El médico se sentó en las pieles y se encogió de hombros con un gesto de dolor.

—Sería más agradable que lo hicieras tú, para variar.

Miró a María durante un instante. Después abrió los brazos.

Ella se dio cuenta de que estaba temblando. No podía más.

Enoc la sentó en su regazo y le apoyó la barbilla en el hombro. María escondió la cara en su cuello.

—Ojalá nunca me hubieses conocido —gimió.

—Conocerte es lo mejor que he hecho —respondió él sin aliento—. Y lo único que puede impedirme seguir a tu lado es tu voluntad. Si no me quisieras, María... Si no me quisieras, no volvería a mirarte dos veces. ¡Pero me quieres!

—Suspiró—. Por eso sé que Yavé me perdonará.

La besó con suavidad.

María suspiró y se levantó las faldas.

—Lo hemos perdido todo, entonces —susurró—. La familia, la comunidad, la religión... y la reputación, si es que yo la tuve alguna vez. Solo nos queda una cosa.

Enoc maldijo entre dientes. Después levantó a María con delicadeza.

Cuando sus cuerpos encajaron silenciosamente, la espalda de Enoc se tensó como la cuerda de un arco.

—De todo lo que has nombrado —murmuró débilmente—, el amor es lo único que no te obliga a ser lo que otros han decidido. Me quedo con él.

María tragó saliva.

—¿No te dolerá...?

Enoc apretó los dientes y empujó a María contra sus caderas. Ella dejó escapar un grito ahogado.

El joven entornó los ojos y sonrió levemente.

—No me arañes la espalda y todo irá bien.

María se quedó mirando la sombra oscilante que proyectaban en la pared de la cocina. Y, mientras su cuerpo se deshacía, se preguntó cuántas noches pasaría temiendo que alguien irrumpiese en su refugio y los arrancara del lecho.

Capítulo 19

María no quería volver a tener problemas en la aljama, por lo que abandonó la Casa del Espino antes del amanecer.

Enoc la despidió en la puerta.

—Me reuniré contigo en la Iglesia de los Predicadores a mediodía —susurró—. Para entonces, ya me habré despedido de Galit.

—¿Crees que no te dejarán verla?

El joven arrugó la frente.

—No lo sé. No sé cómo se lo tomarán. Pero, por si acaso, quiero darle una explicación. Para que sepa la verdad.

María lo besó fugazmente en los labios.

—Nos vemos a mediodía, entonces.

La muchacha se escabulló por la calle de la Argentería, que aún estaba vacía. La neblina de la madrugada se le colaba por debajo de la ropa y le impedía ver a más de tres palmos de distancia, pero sentía calor en el pecho.

Enoc iba a bautizarse ese mediodía. Habían elegido la Iglesia de los Predicadores porque Catalina conocía a un sacerdote que podía ayudarlos. La mujer ya estaba recuperada de la operación, y María sabía que haría cualquier cosa por el médico que le había permitido seguir pintando.

Le supuso un alivio salir de la aljama; y, al mismo tiempo, sintió una pena inexplicable.

Todo había empezado en la Casa del Espino, cuando acudió a buscar al médico judío sin saber que era el mismo joven al que había robado. Por alguna razón, le dolía pensar que no podría volver a pasearse por la aljama sin temor a ser abordada por Isaac de Andújar y su séquito.

Pero no era el momento de lamentarse, sino de actuar.

La oscuridad estaba empezando a disiparse cuando María llegó a la calle de la Cuchillería. No iba a pasar por casa antes de visitar a Catalina..., pero algo la hizo detenerse.

Una cara conocida.

—¡María! —susurró Pedro.

Estaba justo delante de su casa, oculto entre las sombras.

—Llevo toda la noche esperándote —dijo el hombre con tono acusador.

—¿En la puerta de mi casa? —preguntó María con aspereza.

—Quería hablar contigo.

—Qué novedad.

Pedro se frotó la nuca con aire de culpabilidad.

—Siento no haberte dicho nada hasta ahora, pero nos están vigilando todo el tiempo...

—¿Quiénes?

—Los De Andújar. —Pedro silbó—. Ese tipo tiene ojos y oídos en todas partes. Se nota que está podrido de dinero...

—No me interesa su vida.

—Pero a él le interesa la tuya. Nos ha prohibido...

—¿...que me vendáis cosas? —sugirió María con irritación—. ¿Que me dirigáis la palabra? Lo creas o no, Pedro, ya me había dado cuenta.

El hombre la miró con asombro.

—¿Sabías que era él?

—Podía imaginármelo.

—Pero ¿cómo...?

—No es asunto tuyo.

—¿Por qué no? Somos amigos, ¿recuerdas?

—Te equivocas —replicó María con orgullo—. Un amigo no me hubiese dado la espalda.

—¿Ese hombre nos amenazó!

—¿Os sobornó, quieres decir? —La expresión culpable de Pedro fue reveladora—. Dime, Pedro, ¿qué precio le pusiste a tu lealtad? Apuesto a que no vale más de cinco maravedíes...

—Estás siendo injusta.

—Y tú estás siendo un hipócrita.

—¿Ese hombre nos tenía controlados! —protestó Pedro—. Pero a todo cerdo le llega su San Martín..., y el de esa gente se acerca cada vez más. —El hombre esbozó una sonrisilla maliciosa—. Va a pasar algo gordo, María. Ya lo verás.

—¿Qué quieres decir?

—¿No te has enterado?

María miró alrededor y vio que la gente empezaba a salir de sus casas. Pronto cantarían el gallo; ella no podía perder el tiempo chismorreando con Pedro.

—¡Si tienes algo que decirme, date prisa! —le urgió.

El hombre inclinó la cabeza y susurró:

—Van a echarlos.

—¿A los De Andújar?

—A todos.

—¿A todos...?

—¡A los judíos, mujer! Y a los marranos, a su debido tiempo. El Santo Oficio ha presionado a los reyes; pronto habrá un nuevo amanecer, un amanecer libre de usureros...

—¿Te has vuelto loco, Pedro? —siseó María—. ¿Cómo van a echar a *todos* los judíos? ¡Es una locura!

—Pues la locura ya ha empezado. Y esos pecadores pagarán.

El corazón a María empezó a latirle con violencia.

—¿Cómo te atreves a hablar de pecados, Pedro? ¡Tú, que eres un estafador, un rastrero y un cobarde...!

—No tienes derecho a insultarme —gruñó él—. Eres tan estafadora como yo y te crees valiente por soltar groserías a quien está por encima de ti.

—Puede que sea una estafadora —se defendió María—, pero no hay nadie por encima de mí. Ni Isaac de Andújar, ni el Santo Oficio ni los reyes. ¡Son tan humanos como yo!

—Lo que tú digas, María —dijo Pedro con exasperación—. Haz lo que quieras; en lo que a mí respecta, estaré en La Doncella y el Caldero brindando por la buena noticia.

En ese instante, se oyó el tañido acelerado de una campana. Y el rumor de gritos lejanos.

María se giró hacia el otro lado de la calle...

... y vio el humo.

—Ya ha empezado —anunció Pedro con satisfacción.

Pero, para cuando terminó la frase, María ya corría desesperadamente hacia la aljama.

Capítulo 20

María sentía como si tuviese cien agujas en la garganta, pero no se detuvo hasta llegar al muro de la aljama.

El humo se mezclaba con la niebla y ascendía en volutas hacia el cielo, salpicado de chispas que estallaban como relámpagos y sombras que pasaban corriendo de un lado a otro.

«No», dijo una voz dentro de su corazón.

Entró en la aljama a toda prisa. Sus toses se mezclaron con el griterío; el caos reinaba en las calles viejas y conocidas. La muchacha se abrió paso a empujones entre los judíos que huían y los encapuchados que los perseguían con antorchas.

No podía ser cierto. Pedro tenía que estar equivocado. A pesar de todo, tenía que estarlo...

Recorrió velozmente la calle de la Argentería, que estaba teñida de ámbar por culpa del fuego, y dobló la esquina para tomar la calle del Espino.

Pero se detuvo al instante.

Porque donde tendría que haber estado la casa de Enoc ya no había ninguna casa, solo una enorme lengua de fuego que parecía lamer las últimas estrellas del cielo.

El mundo de María se vino abajo.

No.

No, no, no.

No, por favor...

Su llanto fue engullido por el rugido del incendio. Las lágrimas le nublaron la vista y ya solo pudo ver aquel resplandor mortal.

Enoc se había convertido en un montón de huesos quemados bajo las cenizas de aquella casa. ¿Cómo podría soportarlo? ¿Cómo podría...?

—¡Ahí está! —chilló una voz conocida a sus espaldas—. ¡Ha venido!

Los brazos delgados de Galit rodearon su cintura. María, que estaba llorando a gritos, apenas pudo recibirla en ellos sin derrumbarse.

Y entonces otra voz estremeció su alma:

—María...

Enoc la estrechó contra su pecho. Estaba sudoroso y manchado de ceniza,

pero vivo.

María siguió llorando hasta que él la zarandeó suavemente.

—Tenemos que irnos —dijo con firmeza—. Ya.

Pero María ya no lo estaba mirando. Sus ojos estaban fijos en un bulto que había detrás de él.

Un bulto que llevaba un puñal en la mano.

—¡Apártate, Enoc! —gritó.

El joven no vaciló. Eso le salvó la vida.

María sacó su cuchillo y se enfrentó al encapuchado...

... y entonces lo reconoció.

—Vos... —Resopló—. Vos...

Era el próspero artesano al que Enoc había aconsejado comer verduras. El tipo risueño con el que María había reído entonces.

Ahora llevaba una capucha y un arma. Y los miraba con un odio inexplicable.

—¡Herejes! —bramó—. ¡Impíos!

—¡Este hombre os curó! —rugió María—. ¿Cómo habéis podido quemar su casa?

—¡Tú eres cristiana! —respondió él con la misma fiereza—. ¡No deberías estar con ellos!

—¡Pues lo estoy! ¡Lo estoy y lo estaré hasta el día del Juicio Final!

Otros hombres se habían unido al primero. María se preguntó a cuántos más conocerían, cuántos más serían capaces de volverse contra Enoc, el joven que les había devuelto la salud.

—¡Tú, mujer! —escupió alguien—. ¿Eres judía o cristiana?

—¡Soy María! —Ella dio un paso atrás—. ¡Y ellos están conmigo! ¡Si alguno de vosotros intenta hacerles daño, lo mataré! ¡Lo juro por el mismo Dios que castigará vuestro odio y vuestro fanatismo!

—¡Hereje! —le gritaron.

Pero nadie intentó detenerla.

—Espero que ardáis en el Infierno —gruñó.

Y, sin soltar el arma, se dirigió a Enoc y Galit:

—¡Corred!

Capítulo 21

Se encerraron en la casa de María. Zaragoza había dejado de ser un lugar seguro para ellos; lo mejor sería esconderse hasta que las cosas se calmaran un poco.

—No entiendo nada —musitó Enoc—. Esa gente apareció de repente.

María exhaló un suspiro. Galit dormitaba en un rincón; la habían envuelto en la única manta de la casucha y ahora la contemplaban silenciosamente. Solo ella parecía capaz de conciliar el sueño.

Enoc se había sentado al lado de la pared, con cuidado de no apoyar la espalda en ella. María estaba avivando el fuego.

Una sola pregunta flotaba en el silencio: ¿qué iba a ser de ellos?

—Creo que no es un buen momento para convertirme —dijo Enoc finalmente. María no contestó. El joven la miró de reojo.

—No estarás culpándote, ¿verdad? Tú no tienes la culpa de que esos lunáticos hayan prendido fuego a la aljama.

—Tampoco he sido de ayuda, eso está claro.

—No digas tonterías...

—No son tonterías. Cada vez que toco algo, lo rompo.

María le dio la espalda. Enoc le acarició la nuca con suavidad.

—Nunca me has contado de dónde vienes.

—Nací en Tarazona, si te refieres a eso.

—¿Y cómo acabaste en Zaragoza?

María apretó las mandíbulas. Por un lado, no quería remover el pasado; por otro lado..., si no confiaba en Enoc, ¿en quién lo haría?

—Mi madre murió al darme a luz, pero mi madrastra siempre se ocupó de mí. Incluso después de que mi padre también muriese. Era una mujer bondadosa y alegre; durante doce años, fue toda mi familia... y me hizo muy feliz.

—Tienes suerte —dijo Enoc con suavidad—. No todo el mundo ha tenido una infancia feliz.

—Lo sé. —María hundió los hombros—. Pero, cuando cumplí doce años, ella quiso volver a casarse...

—¿Y tu padrastro no era un buen hombre?

—Tampoco creo que fuese malo —admitió María—. Pero ya tenía dos hijas y no me quería para nada. Los tres me hacían el vacío; para una niña que solo ha conocido amor y cuidados, eso puede llegar a ser muy doloroso. ¡Pero mi madrastra tenía tantas ganas de volver a casarse...! Y, a pesar de todo, estuvo a punto de cancelar la boda cuando supo que yo no me sentía bien. Por eso me largué.

No sabía por qué estaba recordando aquello en un momento como ese. Pero, de alguna manera, sentía que era el momento preciso.

—Fue muy generoso por tu parte —murmuró Enoc.

—Fue una estupidez. —María resopló—. Pero me salió bien.

—Parece increíble que pudieses arreglártelas para hacerlo...

—Tampoco tenía elección, ¿sabes? Esa mujer llevaba doce años cuidando de mí. ¿Cómo iba a entorpecer su felicidad? Una noche, mientras todos dormían, me monté en un carro de heno y vine a Zaragoza. Y el resto ya te lo puedes imaginar.

Hubo un breve silencio.

—¿Cómo se llama tu madrastra?

—Se llama Alodia, o se llamaba. Ni siquiera sé si está viva.

—Gracias por contármelo, María.

—Bah.

—Nunca más volverás a estar sola, ¿sabes?

Las palabras de Enoc le provocaron un estremecimiento.

—Yo estaré contigo —añadió él— hasta el día de mi muerte.

María le dirigió una sonrisa húmeda. Él se la devolvió.

—Oh, ¿no irás a llorar? —le soltó—. ¡Son mis heridas, no las tuyas!

—Te equivocas. Ahora también me pertenecen.

La muchacha abrió la boca para responder..., pero unos golpes en la puerta se lo impidieron.

Galit abrió los ojos. Enoc entornó los suyos.

—¿Quién va? —preguntó María sin moverse.

Al principio, solo oyeron el rumor lejano del viento y el discreto crepitar del fuego.

Hasta que una voz bramó:

—¡El Santo Oficio! —Los golpes se reanudaron—. ¡Abrid la puerta!

Capítulo 22

Enoc habló con voz de ultratumba:

—Vienen a por mí.

—¡No abráis la puerta, María! —imploró Galit.

—Dejadme pensar —dijo María entre dientes.

Pero no se le ocurría nada.

El hombre llamó por tercera vez:

—¡Abrid, he dicho!

—Abre, María —suspiró Enoc—; veamos qué quiere.

La muchacha rozó el mango de su cuchillo con disimulo. Después se dirigió hacia la puerta y la abrió.

Una sombra se recortó en el umbral.

—El Tribunal del Santo Oficio me ha enviado en busca de un alma descarriada —dijo una voz áspera— para que Dios pueda juzgarla por sus pecados.

Enoc hizo ademán de acercarse, pero el hombre siguió hablando:

—¿María de Zaragoza?

A María se le heló la sangre.

—¿Yo...? —balbució.

—¿Sois vos? —dijo el hombre—. Venid conmigo.

—¿De qué se me acusa?

—Lo averiguaréis durante el juicio.

El desconocido no parecía dispuesto a dar explicaciones, pero María lo comprendió al cabo de un momento.

Iban a acusarla de judaizar. La habían visto con Enoc y Galit; ella misma había gritado a los cuatro vientos que «estaba con ellos».

Y ahora la Inquisición quería que rindiese cuentas.

La muchacha cerró los ojos. Hiciera lo que hiciese, la torturarían para arrancarle una supuesta verdad; y, si esa *verdad* no les satisfacía..., la quemarían en la hoguera.

—María acudirá al Palacio de la Aljafería sin demora.

Era Enoc quien hablaba. Parecía tranquilo.

María no entendía adónde quería ir a parar, pero confiaba en él. Tal vez tuviese un plan; tal vez fingiese que María iba a acudir voluntariamente a la sede del Tribunal para poder escapar juntos en un descuido...

—Vuestro trabajo es duro, hermano —dijo el joven entonces—. Antes de llevaros a esta mujer, ¿por qué no aceptáis un poco de vino caliente?

Enoc dio un paso al frente y dejó que el fuego lo iluminara. María notó que se había quitado la kipá.

El desconocido dudó; pero, finalmente, entró en la casa.

—Gracias, hermano...

No llegó a terminar la frase. Porque, en cuanto cruzó el umbral de la puerta, un destello plateado surcó el aire.

La sangre salpicó las faldas de María.

Ella ahogó un grito.

En la garganta de aquel hombre había aparecido una sonrisa grotesca. Su mirada se vació; instantes después, las piernas le fallaron.

Para cuando se desplomó en el suelo, ya estaba muerto.

Enoc lo miraba sin parpadear. Aún sostenía en la mano el cuchillo con el que operaba los ojos, que estaba manchado hasta la empuñadura. También tenía gotas rojas en la cara.

Pero nada de eso parecía importarle.

—Hermano... —balbució Galit.

Él contempló a la niña y, por fin, dejó de parecer una estatua de piedra.

—Lo siento, pequeña —susurró—, pero tenías que crecer antes o después.

La niña titubeó. Pero, cuando su hermano le tendió los brazos, se refugió en ellos con decisión.

María aún estaba paralizada.

—Enoc...

—¿Crees que iba a dejar que se te llevaran? —dijo él con lentitud—. Si hace falta, mataré a todos los inquisidores del reino para impedirlo.

—Me temo que esa no es una posibilidad.

—Entonces, tenemos que encontrar otra.

María contempló el cadáver del enviado de la Inquisición. No había forma de ocultarlo en casa; y, si se les ocurría sacarlo a la calle, los descubrirían.

Solo tenían una opción: marcharse. Pero no tenían dinero ni caballos, ni siquiera una mula. No podían irse sin más.

Y María lo comprendió:

—Hay una persona que puede ayudarnos, pero tenemos que hablar con ella

antes de que amanezca.

Enoc guardó el cuchillo en su bolsa. Galit aferró con firmeza la saya de María.

—Guiadnos —dijo la niña.

Le temblaba la voz, pero había decisión en su mirada.

María asintió. Y, sin hacer ruido, condujo a Enoc y Galit hacia la oscuridad.

Capítulo 23

Catalina leyó con voz trémula:

—«Nosotros ordenamos en este edicto que los judíos y judías de cualquier edad que residan en nuestros dominios partan con sus hijos e hijas antes de julio, y que no se atrevan a regresar». —La mujer tragó saliva—. «Si alguno regresa, será condenado a muerte y sus bienes serán confiscados».

Sus palabras dejaron tras de sí una estela de silencio. Afortunadamente, estaban solos en la Iglesia de los Predicadores.

—Así que es cierto —murmuró María—. Los reyes han ordenado la expulsión de los judíos.

—Si Enoc se convierte al cristianismo... —empezó a decir Catalina, pero la muchacha no le permitió continuar:

—Si Enoc se convierte al cristianismo, tendrá que separarse de Galit, ya que sus abuelos jamás permitirán que ella haga lo mismo.

—¡Pero yo quiero estar con mi hermano! —saltó la niña—. ¡No me importa fingir que soy cristiana!

—Si finges que eres cristiana y te descubren, te matarán —dijo María sin miramientos—. Igual que a tu hermano. Y no olvidemos que a mí me persigue el Santo Oficio. Y Enoc ha asesinado a uno de sus representantes. Nos guste o no, adaptarnos a la nueva situación ni siquiera es una posibilidad.

—Es verdad, tesoro —suspiró Catalina—; solo podéis hacer una cosa: marcharos. Lo antes posible y todo lo lejos que podáis.

—Pero ¿cómo? Vigilarán las puertas y registrarán a los viajeros. Ya has leído el edicto: no querrán que ningún judío se lleve sus riquezas.

—Esta noche no registrarán a nadie; bastante tienen con apagar el incendio y mantener el orden. —Catalina sacudió la cabeza—. Tenéis una oportunidad, queridos míos; yo no la desaprovecharía.

—¿Y el dinero? —preguntó Enoc—. Todos mis ahorros estaban en la Casa del Espino.

—Del dinero me ocupo yo —dijo Catalina—. No tengo gran cosa, pero podréis comprar un caballo que os lleve a los tres; María es delgada y Galit no pesa más que un saco de cebada.

María le dio un beso en la frente.

—Que Dios te bendiga, Catalina.

—No, querida: que os bendiga a vosotros. Está recompensando a través de mí las buenas acciones que habéis llevado a cabo en los últimos tiempos.

—¿De qué dios habláis? —preguntó Galit entonces—. ¿Del vuestro o del nuestro?

—¿Acaso importa? —respondió Catalina con sensatez. Después vació su monedero en la bolsa de Enoc—. No vayáis al establo de la calle de los Predicadores, sino al de la calle de los Aguadores. Conozco al dueño; no os hará preguntas indiscretas.

—Gracias, Catalina —dijo María—. Despidete de Johan de mi parte, por favor. Y de los demás también.

Su corazón se retorció al pensar que no volvería a ver a sus amigos, pero no tenía alternativa.

Catalina clavó sus ojos verdes en ella.

—Tengo algo más para vosotros.

Catalina se acercó al rincón donde pintaba y cogió una tabla pequeña.

—Empecé a pintar a María y a José. Le faltan unos cuantos detalles, pero tendréis que conformaros...

María contempló la imagen a la luz de las velas. Era una hermosa escena familiar de la Virgen y san José..., excepto porque la Virgen se parecía sospechosamente a ella y san José, a Enoc.

—San José era judío, igual que Jesucristo —dijo Catalina con sencillez—. En realidad, no somos tan distintos.

Enoc guardó la tabla junto con el dinero. María volvió a besar a Catalina y los tres se dirigieron hacia la calle de los Aguadores. La mujer les dijo adiós desde la puerta de la iglesia.

María solo lloró un poco y con disimulo. No era el momento de lamentarse, sino de luchar por su vida.

Catalina estaba en lo cierto: el dueño de los establos no les hizo preguntas incómodas. Compraron un caballo viejo, pero robusto, y montaron en él de inmediato. Galit iba delante, Enoc detrás y María, en medio de los dos.

—¿Sabes montar? —le preguntó a Enoc.

—Lo suficiente.

No salieron por la puerta Quemada, sino por la del Ángel. Catalina también tenía razón al suponer que esa noche no habría registros..., o quizá solo tuvieron suerte.

Era una noche sin luna, pero las estrellas emitían un resplandor azulado. Galit se apoyó en el pecho de María y se quedó dormida en cuanto empezaron a cabalgar; la muchacha, sin embargo, se permitió mirar atrás por última vez.

Los fuegos de Zaragoza ya parecían chispas. Pronto dejarían de verse.

Oyó la voz de Enoc junto a su oído:

—¿Estás triste, María?

—Sí —admitió ella—, pero me siento liberada.

El joven sonrió levemente.

—Entonces, la tristeza se irá. Tarde o temprano.

Estiró el cuello para besarle la mejilla. Después chasqueó la lengua e hizo que el caballo fuese más deprisa.

María volvió a mirar hacia delante.

—Enoc...

—Dime.

—Ya se está yendo.

El alba los perseguía, pero ellos eran más rápidos. María estaba convencida de que sus enemigos ya no podrían alcanzarlos.

Solo eran tres sombras en la madrugada. Oscuras e insignificantes, pero libres. Por fin.

Agradecimientos

Gracias a Carmina García por haberme contagiado su pasión por la época medieval.

Gracias a Javier Paricio por haberme abierto las puertas de la Zaragoza de 1492.

Gracias a Teresa Cameselle por haberme hecho confiar en María.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com